

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



ESCRIBE TULLIO HERNÁNDEZ SOBRE JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE: Dentro del hombre gentil y risueño, de habla pausada y precisa, se encuentra alguien que defiende con vigor y pasión argumental sus creencias: la militancia incondicional por la democracia, su credo político socialcristiano, el rechazo a todo tipo de autoritarismo, su vocación por el diálogo y el pensamiento libre, y una entusiasta fe religiosa.



HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

Homo religiosus, homo politicus

Anotar que José Rodríguez Iturbe (1940) es abogado, doctor en Derecho, doctor en Derecho Canónico, profesor universitario, político, exparlamentario, figura internacional del socialcristianismo y autor de numerosos libros, podría resultar insuficiente: Rodríguez Iturbe es un notable pensador de la historia, la política, el derecho, las tendencias, procesos sociales y mitos a lo largo de los siglos XX y XXI

NAUDY H. SUÁREZ FIGUEROA

Una suerte de prematuridad en el interés por la política y su ejercicio es discernible históricamente en Venezuela al menos desde 1958, cuando estudiantes de bachillerato sacrificaban el ocio escolar de los sábados para reunirse en sus liceos y emplear en ellos tiempo importante en la discusión de los problemas generados en el país tras la caída de la dictadura y en darle forma a sugerencias y consejos encaminados a orientar en su desempeño político a los nuevos hombres llegados al poder, una vez caída la dictadura militar hasta entonces reinante.

Fue ese el tiempo en el cual accedió a los estudios liceístas y universitarios José Rodríguez Iturbe, caraqueño, según su propio decir, por accidente, antes que zuliano, como hubiera voluntariamente preferido ser, nacido en 1940 y graduado de abogado en la Universidad Central de Venezuela en 1962. Su prosecución de estudios en la Universidad de Navarra (España), en 1964, desembocó en un doctorado en Derecho Canónico en 1966, aprobada una tesis titulada: *El concepto de derecho en la doctrina española actual* (Pamplona, 1967).

De regreso a Venezuela, se inicia para Rodríguez Iturbe una muy prolongada carrera de docencia universitaria en Filosofía del Derecho e Introducción al Derecho en la Facultad de Derecho de la Universidad Central de Venezuela, de cuyo primer tiempo es producto una obra que va a señalar uno de los dos intereses fundamentales que van a mover en adelante –y hasta hoy– la vida y obra del mencionado: la religión y la política. Nos referimos a *Iglesia y Estado en Venezuela (1824–1964)*, editada en 1968, en donde se trazaba la trayectoria histórica cumplida en las relaciones entre un par de instituciones que solo después de casi siglo y medio, y al calor del ambiente general de unidad nacido en el país a raíz del muy im-



JOSÉ BENJAMÍN RODRÍGUEZ ITURBE / CORTESÍA

portante cambio político de 1958, había concluido, por fin, a incluir también en 1964 al religioso en el vasto campo de materias de acuerdos destinados a regir el nuevo tiempo nacional.

El interés por la política

En cuanto al interés por la política, José Rodríguez Iturbe encontrará su propio camino en el seno del partido socialcristiano COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), fundado en 1946, y en el cual se había creado en 1948 y reestructurado una década después, un brazo político denominado Juventud Revolucionaria Copeyana o JRC, destinado a entrar en competencia con agrupaciones equivalentes fundadas dentro de los partidos AD, URD, PCV y algo más tarde, MIR.

Es interesante conocer que las convenciones juveniles copeyanas, escalonadas a partir de entonces en el tiempo, suministraron tarima de oradores a los líderes de varios grupos que, dentro de la JRC, empezaron a difundir propuestas eventualmente heterogéneas en cuanto a lo ideológico y político. A esos grupos se les denominaron, no sin pizca de humor, “araguatos”, “avanzados” y “astronautas” y tuvieron tal vez su más importante escenario de confrontación en la Convención Nacional Juvenil de 1965.

De ellos, el llamado “avanzado” (a su cabeza el universitario Abdón Vivas Terán) dio una nota sonora al presentar en la IV Asamblea de la JRC, el 30 de octubre de 1965, el documento político denominado “Una juventud pa-

ra el cambio”, donde planteaba como propuesta para el país global la edificación de una sociedad “personalista y comunitaria” –la expresión había sido tomada de filósofos franceses a la manera de Jacques Maritain (1882 - 1973) y Emmanuel Mounier (1905 - 1950)– mientras que tocaría a José Rodríguez Iturbe tener que esperar hasta 1969, para hacer público, por el bando “araguato”, *El reto revolucionario*, libro en cuyas páginas figuraban, entre otras, estas expresiones:

“Nosotros no creemos que el inmediatismo y el pragmatismo justifiquen medios ilícitos. En la misma base de nuestro estilo está la creencia en la radicalidad ética de la acción política”.

Allí mismo Rodríguez Iturbe asentaría que quienes en el seno de la JRC compartían sus puntos de vista, eran, desde la entrada, “...radicalmente anticapitalistas y anticomunistas” y estaban en disposición de retomar los términos de una declaración doctrinal que, en el periódico de la Unión Nacional Estudiantil, agrupación germinal del socialcristianismo nacional aparecida con inmediata posterioridad a la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, había proclamado estar de frente parejamente la misma “...contra Wall Street y contra el Kremlin”.

Triunfante Rafael Caldera como candidato del partido COPEI en las elecciones presidenciales de 1968, tal acontecimiento entrañó para Rodríguez Iturbe el inicio de una prolongada carrera en el Congreso Nacional venezolano, paralela con su ya anterior como docente,

que abarcaría seis períodos parlamentarios y simultáneamente, el desempeño de responsabilidades dentro de agrupaciones de su corriente política a nivel nacional e internacional, a la manera de la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA) y la Internacional Demócrata Cristiana (IDC).

La experiencia de la revista Nueva Política

En 1971, la compañía por mí prestada a José Rodríguez Iturbe en la Secretaría de Formación de COPEI, de la cual el mismo era titular, me llevó a cooperar con él en la edición de la revista *Nueva Política*, destinada a colaborar en la promoción intelectual de la “revolución democrática” –esta vez con matiz socialcristiano– emprendida en Venezuela en 1958.

Contaba la misma publicación con un interesante antecedente: la revista *Política*, de fundación promovida, aunque entonces sin éxito, por Rómulo Betancourt durante su década de destierro político corrida entre 1948 y 1958, pero que, finalmente, cobraría forma bajo la dirección de Luis Beltrán Prieto Figueroa y la cooperación, entre otros, de Mariano Picón Salas, en 1959.

Interesado en perfilar quien escribe estas líneas en algunos de los números iniciales de la *Nueva Política*, de redacción compartida con Rodríguez Iturbe, el origen y primeros pasos históricos de las corrientes políticas venezolanas contemporáneamente encarnadas en COPEI, el PCV y AD, emprendí

a escribir, por 1974-1975, bajo el nombre de: “El joven Betancourt / La socialdemocracia en Venezuela de 1928 a 1930”, y: “El joven Betancourt / ARDI y el Plan de Barranquilla de 1931”, un ensayo que, en dos partes, rastrea en el tiempo tales trabajos políticos iniciales del futuro notable político nacional.

Tal iniciativa nos valió a Rodríguez Iturbe y a mí, mediados los buenos oficios de quien actuara tiempo atrás como canciller de Betancourt durante su Presidencia de la República, entre 1959 y 1964, el doctor Marcos Falcón Briceño, ser recibidos para conversar a propósito de dicho ensayo con el expresidente en su residencia caraqueña de entonces, ubicada en la urbanización caraqueña de Altamira.

Sobrevino en la ocasión una muy interesante y amena conversación en la que, entre otras cosas, recuerdo haber visto a Betancourt, buen aficionado al béisbol desde tiempos muy atrás, mostrando incisivo buen humor al preguntarnos si Rodríguez Iturbe no habría actuado como mi *coach* personal durante el desarrollo del trabajo biográfico citado.

En 1973 Rodríguez Iturbe vino a demostrar, también él, que para los venezolanos, y en particular los de entre ellos interesados en la historia nacional, la figura de Simón Bolívar ha sido y seguirá siendo, según toda apariencia, de interés insoslayable y fue en esa condición como se publicó, a cargo del Congreso de la República, su obra de nombre *Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana desde la preemancipación hasta Jamaica*. Ese interés sería retomado, casi medio siglo después, en 2022, por Rodríguez Iturbe al llevar a la imprenta otra obra de interesante tono polémico: *Bolívar y la gestación de la patria criolla. Elipse de una contradicción*.

El exilio en Bogotá

La llegada del coronel Hugo Chávez al poder, en 1998, entrañó, para Venezuela como bien se sabe y sufre, el progresivo final de 40 años de democracia representativa, pretendida reemplazar por un nuevo tipo de gobierno denominado “Socialismo del Siglo XXI”.

Militares descontentos con apoyo popular forzaron, sin embargo, en abril del año 2002 a Chávez a renunciar a la Presidencia de la República. Repuesto a las 48 horas en el mando, razones de salud obligaron a Chávez a salir del país 11 años después para refugiarse en Cuba, e imponer en su lugar al vicepresidente de la República, Nicolás Maduro.

En diciembre de 2004, Rodríguez Iturbe había llegado a juzgar, no obstante, en tal grado de peligro su libertad en Venezuela que tomó la decisión de exilarse en Colombia, país en donde aún hoy permanece, en condición de profesor de Historia de las Ideas y del Pensamiento Político en la Universidad de la Sabana, en las cercanías de la ciudad de Bogotá.

Los casi veintidós años de exilio político hasta ahora empleados por Rodríguez Iturbe en el desempeño de funciones de docencia en la aludida institución han dado, por fortuna, lugar a una cosecha intelectual de dimensiones asombrosas de textos dedicados a estudiar las ideas políticas de los siglos XIX y XX y, en particular las expuestas en sus tiempos por Alexis de Tocqueville, Vladimir Ilich Lenin, Iósif Stalin, León Trotsky, Benito Mussolini y Antonio Gramsci.

(Continúa en la página 2)

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

Mito y poder

“En su esclarecimiento sobre la influencia del mito en el imaginario colectivo, Rodríguez Iturbe revisita las diferentes aproximaciones de pensadores modernos y contemporáneos”

EDGAR CHERUBINI LECUNA

El concepto de mito tiene múltiples dimensiones –religiosa, antropológica, literaria y filosófica–, pero en términos generales lo podríamos definir como un relato simbólico que busca explicar los orígenes del mundo, de los seres humanos, de las instituciones o de fenómenos naturales y sociales, mediante figuras sobrenaturales, divinas o heroicas. Los personajes representados en los mitos son por lo general dioses, héroes, monstruos o fuerzas cósmicas, que representan valores, miedos y aspiraciones humanas. Su función es la de reforzar valores colectivos, legitimar estructuras de poder o normas sociales, y en muchos casos configuran una identidad cultural. La etnología y el psicoanálisis los entienden como metáforas de experiencias humanas profundas. Joseph Campbell, uno de los grandes estudiosos modernos del mito y su permanencia en las culturas contemporáneas, destaca el valor simbólico, psicológico y estructural de los mitos al mostrar cómo siguen operando incluso en sociedades modernas bajo nuevas formas, sean narrativas nacionales, ideologías o héroes culturales. Aunque la modernidad ha traído consigo la secularización progresiva de muchas culturas, el pensamiento mítico no ha desaparecido, sino que ha adoptado nuevos ropajes, se transforma y reconfigura en las sociedades en la historia fundacional de una nación, en sus héroes patrios: Simón Bolívar; su destino manifiesto: la epopeya moral americana sobre libertad y progreso o la Revolución francesa como mito originario de la libertad, la igualdad y la fraternidad, entre otros predicados colectivos y políticos que suelen adoptar formas míticas. Muchos sistemas políticos movilizan símbolos, promesas de redención y relatos de lucha que funcionan como mitos. En su ensayo *El ogro filantrópico*, Octavio Paz expresa que las ideologías modernas han querido ocupar el lugar de la religión: prometen la redención, tienen sus profetas, sus libros sagrados, sus infiernos y paraísos. “El sistema comunista sovié-

tico era el clero; Marx y Lenin, los profetas; *El capital*, la escritura canónica; y el paraíso comunista, una escatología terrenal”.

Los mitos políticos

Interesado en ahondar sobre la gestación de los mitos políticos y cómo confieren extraordinario control sobre el imaginario colectivo de una sociedad, acudí al libro *El sueño de la razón. Modernidad y posmodernidad: razones, mitos, constructos*, de José Rodríguez Iturbe, una inagotable fuente de ideas y reflexiones sobre la modernidad y la posmodernidad que alumbran el camino en la atmósfera enrarecida del presente. En el capítulo sobre “Mito, religión, política y revolución”, el autor expresa: “El mito político moderno y contemporáneo ha sido gestado por élites e impuesto por élites. Su objetivo ha sido llegar a impulsar una política de masas. El mito político logra control de multitudes o no es tal. También puede ser, ciertamente, una pretensión de *weltanschauung* (visión del mundo), con más emotividad que racionalidad que, desde el poder aspire a imponerse con carácter invasivo en todos los planos de la existencia. Busca entonces jugar –desde el poder, por el poder y para el poder– a las funciones compartidas de una nueva creación y redención. Cuando este empeño aparece, resulta ser de naturaleza histórico-política absolutamente temporalista y antropocéntrica, reñida de manera global con una recta visión de la religión”. Para el autor, cuando este fenómeno cobra visos de realidad en una sociedad dada, nos enfrentamos a los mitos políticos que son fuente de religiones políticas que pretenden imponer la aberración del pensamiento único y eso solo sucede en los regímenes totalitarios, que utilizan los mitos que ya existían “como elementos de su cosmovisión y como apoyo de su política de masas en la búsqueda y ejercicio del poder”. Sobre esto último, cuando el poder crea el mito y sus acciones están desprovistas de racionalidad, “constituye un instrumento de consolidación del *imperium* y de dominación o exclusión (e incluso de exterminio) de quienes como esfuerzo singular o como empeño colectivo, se opongan a él”.

El mito en el imaginario colectivo

En su esclarecimiento sobre la influencia del mito en el imaginario colectivo, Rodríguez Iturbe revisita las diferentes aproximaciones de pensadores modernos y contemporáneos. Cita a René Girard (1923-2015), para quien “se requiere un estado de desorden extremo, una enfermedad social, un conflicto, algo que altere la paz, para la aparición del mito (...). Las crisis míticas desatan la violencia y se resuelven por la violencia”. Menciona también a Elías Canetti (1905-1994), para quien “la masa es requisito para la operación social del

mito. La masa siempre quiere crecer. Crecer en la adhesión a una creencia”. Para Romano Guardini (1885-1968), la presencia del mito del “salvador” en la historia, opera un proceso de traslación de lo teológico a lo político, “la función redentora resulta asumida por el Estado o por liderazgos con ambición de imagen seudosacralizada”. Coloca como ejemplo la exaltación irracional del *Führer*, “atribuyéndole cualidades como la infalibilidad y a través de una liturgia cívico-política se procuró su seudodivinidad. Los resultados fueron trágicos”.

El mito como sustituto de la religión

El mito como sustituto de la religión abre otra página de este capítulo. “Los que no creen en Dios han reducido la religión al mito. El pensamiento racionalista mítico de la modernidad buscó sustitutos a la trascendentalidad y a la sacralidad religiosa, dando rango seudoreligioso a la ideología política, haciendo de ella mito históricamente operativo y convirtiendo la adhesión militante a la ideología en una sacramentalidad político-temporal de una pseudoiglesia (el poder temporal) que requerirá el poder del Estado para hacer del nuevo cuerpo de “elegidos” un *corpus* cuya entidad resulta intrínseca y necesariamente uncida al proyecto político temporal de un *imperium* que resulta para el fanatismo de los adherentes una razón existencial de carácter absoluto”.

Los totalitarios, aunque fuesen adversarios a cualquier religión, vieron en la *religión política* el sustituto histórico de una verdadera creencia religiosa y de su pública práctica social. El autor hace una instantánea fotográfica del presente cuando afirma de manera incisiva: “En las teologías políticas, el hombre se convierte en adorador de sí mismo, en sustituto de Dios (...). Las idolatrías modernas, nutridas de la consideración del hombre como ser supremo, han siempre generado planteamientos ideológicos de exclusión, de rechazo, de odio y de aspiración de aniquilación de todos aquellos que rechazan el mito hecho poder”.

En las páginas finales del capítulo sobre los mitos políticos, dedica unos párrafos a Georges Sorel (1847-1922), ya que, para este teórico del sindicalismo anarquista, “el mito permite emotivamente el compromiso militante con la causa revolucionaria y la violencia se enmarca en una lucha revolucionaria. El mito no se diluye en la utopía, sino que genera en quien lo acepta, una fantasía concreta que lo impulsa a la acción para el cambio”.

Antonio Gramsci (1891-1937) prestó atención al enfoque de Sorel, brindando por su parte una nueva perspectiva al Partido Comunista, concibiéndolo como el *príncipe moderno*, acota Rodríguez Iturbe. “Así, con esta visión maquiavélica adaptada a su tiempo, permitía la concepción mítica del partido revolucionario.



El partido vendría a representar, para el militante que se integrara con devoción a sus filas, nada menos y nada más que su conciencia. Vale decir que el partido, *príncipe moderno*, era, para Gramsci, el sustituto de la divinidad, el vocero infalible del imperativo categórico Kantiano”. Gramsci ve en Maquiavelo como ejemplo del mito soreliano, es decir, el mito es la ideología política, que no es solo una utopía, sino un cuerpo doctrinario que actúa sobre un pueblo “disperso y pulverizado” para “organizar su voluntad colectiva”, refiere el autor.

El mito del socialismo indoamericano

Al final del capítulo aborda las ideas de José Carlos Mariátegui (1894-1930), que, según el autor, fue el pensador más original y de mayor fuerza de un marxismo latinoamericano, que, a semejanza de Gramsci, otorgó gran valor a la superestructura cultural y espiritual. Fundador del Partido Socialista Peruano, planteó un leninismo sin matices: “Se conquista el poder a través de la violencia. Se conserva el poder a través de la dictadura”. Mariátegui concibió un socialismo a la criolla: “No queremos que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, con nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano”. Sobre su idea del mito, Mariátegui fue categórico: “Sin un mito, la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico (...). La burguesía no tiene ya mito alguno, se ha vuelto incrédula, escéptica, nihilista (...). El proletariado tiene un mito: la revolución social (...). La fuerza de los revolucionarios está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del mito”.

Los mitos políticos y el pensamiento único

En las 819 páginas de *El sueño de la razón*, José Rodríguez Iturbe, expresa sus convicciones sobre la historia, la política, lo social y lo espiritual de nuestra cultura occidental, así como de las amenazas que se ciernen sobre esta. Es un tratado de filosofía política impecable, escrito en un tono didáctico tan necesario para las nuevas generaciones asediadas por la confusión en sus valores e identidad. Entre otras reflexiones, en este capítulo que

hoy reseño, aborda el tema de las religiones políticas y la supuesta divinización de lo humano que han concluido siempre en las más patéticas y extremas negaciones de la humanidad, en masificaciones demoleadoras, en el endiosamiento del líder, en la imposición del pensamiento único, en desequilibrios, injusticias y genocidios. “Los mitos políticos no han contribuido a la dignificación de lo humano, ni a la mejor concepción, proyección y realización de la política, ya que terminan alimentando los absurdos trágicos de la antihumanidad, de la antipolítica y terminan negando la necesidad de auténtica religión, como vínculo del hombre con Dios, de la criatura humana con su creador, en el cual y por el cual encontrar el sentido radical del misterio sublime de la existencia con conciencia de historia, del ser en el tiempo abierto a la eternidad”.

Los extractos sobre Guardini que el autor destaca en este capítulo concluyen con un mensaje indiscutible para el europeo que esté dispuesto a escuchar: “Lo que el nacionalsocialismo como nuevo mito quería eliminar era el sentido cristiano del hombre europeo. Si Europa quiere seguir existiendo, si el mundo ha de seguir necesitando de Europa, esta tiene que continuar siendo aquella magnitud histórica determinada por la figura de Cristo; mejor dicho, tiene que serlo con una seriedad nueva, como lo exige su naturaleza. Si pierde este elemento esencial, lo que de ella pueda quedar importará ya poco”.

Para finalizar estos apuntes sobre el apasionante tema de los mitos políticos en el libro de Rodríguez Iturbe y dejar abierta la puerta a la reflexión, cito el sugestivo planteamiento expresado en otro contexto, en un artículo de John Michael Greer, cronista de *UnHerd*, club londinense de ideas: “Nosotros no elegimos nuestros mitos, ellos nos elijen a nosotros” (*We don't choose our myths, they choose us*), sosteniendo su afirmación al evocar la tesis de Carl Jung que vio en un reprimido arquetipo del inconsciente colectivo alemán la resurrección de Wotan, un mítico cazador salvaje, un despiadado dios pagano que reveló su violenta naturaleza en la culta sociedad alemana de la República de Weimar (1919-1933): “Como Jung señaló en su clarividente ensayo de 1936 titulado “Wotan”⁴, gran parte del poder de Hitler sobre la mente colectiva de Europa surgió de los reinos del mito y el arquetipo”⁵.

En el presente, el mito no ha muerto, se ha metamorfoseado. Habría que profundizar en cuáles son los mitos subyacentes en el inconsciente colectivo contemporáneo, ya que los seres humanos continúan buscando formas simbólicas que los reconecten con algo trascendental, algo más grande que ellos mismos. ☉

- 1 Joseph Campbell, *The Power of Myth*. Nueva York Doubleday, 1988.
- 2 Octavio Paz, *El ogro filantrópico*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- 3 José Rodríguez Iturbe, *El sueño de la razón*, Editorial Alfa, 2024.
- 4 C. G. Jung, “Wotan”, *Neue Schweizer Rundschau*, Zúrich, Marzo de 1936, Nº 3. Versión en Castellano : <https://www.adepac.org/inicio/wotan-c-g-jung/>
- 5 John Michael Greer, *Donald Trump's ascent to myth Mount Rushmore beckons*, UnHerd, 15/07/2025.

Homo religiosus, homo politicus

(Viene de la página 1)

Para terminar, esta es una nómina –probablemente incompleta– del aporte que Rodríguez Iturbe ha prestado a Colombia y, subsidiariamente, a Venezuela (en fin de cuentas, a la Gran Colombia) en su bien aprovechado tiempo intelectual de destierro.

Nómina de libros y artículos publicados por José Rodríguez Iturbe a partir de su exilio en Colombia (2004 hasta hoy):

2007

Historia de las ideas y del pensamiento político. Una perspectiva de Occidente. tomo 1. *Los fundamentos*.

tomo 2. *La modernidad*.
tomo 3. *El siglo XX*.

2008

“Notas introductorias sobre Gramsci” *Revista Dikaion*, año 22, nº 17-20. Chía – Universidad de la Sabana, diciembre 2008.

2010

Trotsky y el trotskismo original. la persecución del fundamentalismo stalinista. Universidad de la Sabana (Bogotá), 2010.

2011

Praxis política y praxis jurídica. La ideologización del derecho. Notas in-

troductorias sobre el uso alternativo del derecho.

Universidad de la Sabana (Bogotá), 2011.

2013

Gibbons – Hadas: *La caída del imperio romano* Versión castellana – introducción y notas de José Rodríguez Iturbe Publicado por la Universidad de la Sabana (Bogotá), 2013

2016

Los gatos pardos. Versión histórica del contexto jurídico-político latinoamericano (siglos XX - XXI) Universidad de la Sabana (Bogotá), 2016.

2018

Trump y el barril de Diógenes. América en crisis y la crisis de la modernidad

2018

La Revolución bolchevique de Lenin a Stalin Chía – Universidad de la Sabana (Bogotá), 2018.

2019

Varia académica bolivariana. Vida académica y solidaridad. Valores y compromisos del profesor universitario. Universidad de la Sabana (Bogotá), noviembre. 2017.

2019

El fascismo italiano: Mussolini y su tiempo. Chía – Universidad de la Sabana (Bogotá), 2019.

2022

Bolívar y la gestación de la patria criolla. Eclipse de una contradicción. Editorial Alfa, 2022.

2024

Venezuela: la persecución de la sombra. De la Cosiata al octubrismo Colección Trópicos, 2024.

2024

El sueño de la razón. Modernidad y postmodernidad: razones, mitos, constructos. Trópicos, 2024.

2025

Venezuela: del octubrismo a Puntofijo: la década militar. Editorial Alfa, 2025.

2025

El uso alternativo del derecho y nuevo constitucionalismo. ☉

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

El sueño de la razón

"Para quienes todavía permanecen persuadidos por los postulados esenciales del pensamiento moderno, el título evoca al prometedor futuro que la humanidad alcanzaría ahora que la razón ha logrado liberarse de su dependencia del ser trascendente"

FRANCISCO PLAZA

De enorme valor resulta el extenso libro de más de 800 páginas que José Rodríguez Iturbe –nuestro querido “Pepe”– publicó el año pasado con el título *El sueño de la razón* (Caracas: Editorial Alfa, 2024). En esta obra, Rodríguez Iturbe condensa el fruto de toda una vida de estudio y reflexión, ofreciendo un auténtico *tour de force* sobre la vida y pensamiento de los principales autores de la modernidad y la posmodernidad. Esta breve reseña busca destacar las tesis fundamentales que el autor desarrolla con maestría en las cuatro secciones que estructuran el texto: “Razones”, “Mitos”, “Constructos” y “Hacia la *recta ratio*”.

Los monstruos de la razón

Partiendo del célebre *cogito ergo sum* de Descartes en los albores de la modernidad, este libro analiza el surgimiento y la evolución de la tensión entre las distintas concepciones de lo humano que, tras un accidentado recorrido por el pensamiento moderno y posmoderno, continúan hoy en conflicto. Desde su título mismo, el autor sitúa al lector frente a las opciones fundamentales del drama que analiza. En efecto, ¿a qué alude el “sueño de la razón”? La pregunta suscita, casi de manera refleja, respuestas enfrentadas según la perspectiva que cada lector adopte sobre la naturaleza de la persona humana.

Para quienes todavía permanecen persuadidos por los postulados esenciales del pensamiento moderno, el título evoca al prometedor futuro que la humanidad alcanzaría ahora que la razón ha logrado liberarse de su dependencia del ser trascendente. Una vez superada la ingenuidad e irracionalidad de la fe y eliminada la violencia a ella atribuida, se abre la posibilidad de dejar atrás las injusticias ligadas a estructuras sociales, instituciones, prejuicios y tradiciones consideradas primitivas por su vínculo con lo religioso. En este horizonte, el sueño vislumbra un futuro de progreso: la razón, al excluir cualquier principio superior a sí misma, alcanza al fin su madurez y se atreve a saber –*sapere aude*– con la certeza absoluta que le confiere una ciencia objetiva apoyada en el conocimiento empírico de la realidad material. Dueño de la naturaleza y de sí mismo, el hombre moderno aspira a conquistar una autonomía plena que le permita la libertad de definir incluso el sentido mismo de su existencia, mientras erige su conciencia individual en juez infalible e irreprochable de sus actos.

Desde la óptica posmoderna, sin embargo, este sueño parece incompleto y hasta limitado. Los vertiginosos avances tecnológicos y, en especial, el auge desbordante de la in-



JOSÉ BENJAMÍN RODRÍGUEZ ITURBE

teligencia artificial, abren la puerta a un progreso mucho más ambicioso al prometido por la modernidad. Ya no se trataría únicamente de superar las limitaciones que han condicionado la vida humana, sino de borrar los propios límites de la condición humana, incluyendo la enfermedad, el sufrimiento e incluso la muerte. Este es el sueño del transhumanismo posmoderno, donde el hombre se concibe como un constructo susceptible de superación ilimitada.

Tanto desde la modernidad como de la posmodernidad, el “sueño” de la razón no puede sino interpretarse de manera metafórica, como la ilusión o promesa de un futuro brillante ofrecido por el poder de la razón. Pero en este libro, Rodríguez Iturbe nos conmina a reconocer este “sueño” en su sentido literal: como un estado de inconsciencia en el que se consolidan la fantasía, el escapismo, la irrealidad y el absurdo. Su tesis central sostiene que, a lo largo de los siglos modernos y posmodernos, ha prevalecido la pretensión de crear o manipular la realidad al antojo del soñador. Confundir ese “sueño” con la realidad actual o potencial no conduce a la creación de un ideal perfecto, sino a la monstruosa arrogancia de quien, incapaz de aceptar su condición de criatura, rechaza todo límite y aspira a convertirse en creador.

Cuando la razón se desvía y se desconecta de lo real para refugiarse en ilusiones, termina engendrando monstruos. De acuerdo con nuestro autor, la modernidad y la posmodernidad representan la historia de la razón desordenada, marcada por el afán prometeico de construir desde cero el marco existencial de la vida humana. Su manifestación histórico-política ha sido, una y otra vez, una trágica expresión de lo antihumano.

Razones

En la extensa primera parte, que abarca más de la mitad del libro, el autor desarrolla densos capítulos dedicados a la vida y pensamiento de Descartes, Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Hegel, Marx y Nietzsche. Complementa estos análisis con capítulos que presentan una visión clara de etapas claves en la evolución del pensamiento moderno, como el Siglo de las Luces –con

figuras como Bacon, Berkeley, Hume y Helvétius–, el idealismo alemán –Herder, Kant y Fichte–, el romanticismo alemán –Schelling–, y el positivismo –Saint-Simon y Comte.

En este detallado recorrido, Rodríguez Iturbe identifica como rasgo común del pensamiento moderno un antropocentrismo radical que consagró la exaltación de la razón humana como eje de la cultura dominante, desplazando cualquier referencia a principios superiores. Desde las certezas cartesianas al idealismo absoluto alemán, se fue consolidando el progresivo exilio –finalmente total– del Dios cristiano del panorama intelectual europeo. Así, la modernidad se caracterizó por el intento de explicar lo humano de manera puramente immanente, sin referencia alguna a la realidad trascendente.

Mitos

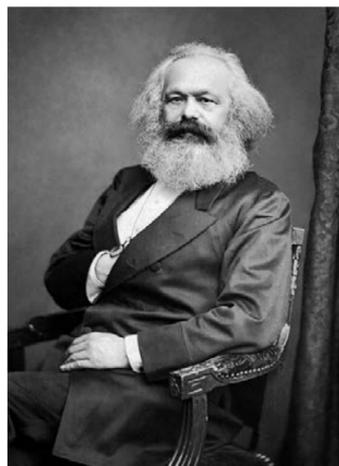
En esta segunda parte, Rodríguez Iturbe examina el concepto de mito político, revisando las aportaciones de Girard, Canetti y Guardini, entre otros. Analiza el mito como sustituto de la religión y su concreción en religiones políticas; explora el mito del héroe en Carlyle y documenta el mito racista en la Ilustración con referencias a Voltaire, Hume, Kant y Hegel que sorprenderán a más de un lector. Dedicó atención especial a los mitos entendidos como mesianismos secularizados, estudiando las obras de Jung, Eliade, Cassirer y Spengler. Asimismo, analiza los rasgos de la democracia concebida como religión política en el pragmatismo norteamericano representado por James y Dewey.

Según nuestro autor, la huida hacia el mito, como refugio de una razón desordenada que paradójicamente perseguía verdades de coherencia absoluta, se convirtió en rasgo recurrente del pensamiento moderno. Los mitos de clase, nación y raza desembocaron en la aparición de los totalitarismos del siglo XX: comunista (1917), fascista (1922) y nazi (1933).

Estos mitos dieron lugar a religiones políticas perversas que, en su radical secularismo, rechazaron cualquier vínculo auténtico con la religión verdadera –la relación del hombre con Dios–, intentando sustituirla por elaboraciones ideológicas de raíz mítica. Sus dogmas se trans-



CARL GUSTAV JUNG / BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE ZÜRICH



KARL MARX / JOHN JABEZ EDWIN MAYALL

formaron en programas políticos y la función redentora pasó a manos del Estado. La antigua alianza entre trono y altar se sustituyó por la unión entre mito y poder.

El autor plantea una pregunta clave: ¿cómo, en una época que exaltaba la racionalidad, pudieron imponerse visiones míticas vacías de razón y cargadas de irracionalidad como guías del comportamiento político? El fracaso de estas religiones políticas, lejos de conducir a un examen de sus fundamentos, derivó en la aplicación de aún más racionalidad para buscar culpables, sin ninguna disposición a reconocer las fallas de la cultura misma. Nuestro autor, por el contrario, advierte que la verdadera naturaleza de las religiones políticas que sirvieron de base a los totalitarismos del siglo pasado solo pueden comprenderse a la luz de dichas construcciones míticas.

Constructos

La tercera parte del libro aborda la obra de Heidegger, la antiteología de Rorty y la hermenéutica nihilista y el “pensamiento débil” de Vattimo. El autor también examina la transición del control de la psique al constructo del cuerpo en las obras de Althusser, Sartre, Foucault, Lacan, Lyotard, Derrida, Deleuze y Guattari. Analiza los fundamentos del posmarxismo y expone con claridad los postulados y bases teóricas de la “nueva izquierda”, representada en América Latina por el Foro de São Paulo y el Grupo de Puebla.

Según explica Rodríguez Iturbe, los intentos por superar la modernidad sin cuestionar sus raíces derivaron en la posmodernidad. En esta etapa, el rechazo de lo divino se agudiza hasta alcanzar formas de violencia inéditas. Todo aquello que no sea totalización de lo humano se excluye, no solo como irracional o anticientífico, sino como una escoria intelectual que degrada al hombre. Así, el repudio a la fe religiosa se acompaña de la imposición de nuevos dogmas, desde la desnaturalización del ser humano hasta la dogmatización del lenguaje.

La posmodernidad concibe a la persona como constructo. Lo humano, por tanto, deja de definirse por su naturaleza intrínseca y pasa a depender de los intereses del poder cultural dominante, que decide e impone

coactivamente lo que juzga merecer ser considerado como digno de valorarse. Negada la realidad objetiva de la persona, los derechos humanos se vuelven tan arbitrarios, subjetivos, relativos y variantes como son los intereses de los poseedores del poder.

Así, la posmodernidad alimenta los absurdos trágicos de la antihumanidad y la antipolítica, generando una intolerancia radical expresada en ideologías como el pensamiento único, lo políticamente correcto y la llamada “ideología de género”. Los pensadores posmodernos se erigen en “maestros de conciencias”, valiéndose del Estado y de la cultura dominante para imponer sus visiones.

Del subjetivismo y relativismo moderno al escepticismo y nihilismo posmoderno se traza el itinerario del hombre prometeico que, cegado por el culto a sí mismo, navega entre mitos y religiones políticas, produciendo utopías masificadoras y dogmas ideológicos apoyados en poderes totalitarios con el fin de construir un hombre nuevo por los cauces del más pavoroso antihumanismo.

Hacia la *recta ratio*

El antropocentrismo que rechaza el teocentrismo impidió a la modernidad y la posmodernidad ofrecer una respuesta satisfactoria al misterio del hombre. Cuando el pensamiento no se fundamenta en la verdad del ser, termina convirtiéndose en una prisión que asfixia a la persona con sus propias elucubraciones. Este ha sido, en palabras del autor, el drama del hombre prometeico.

El gran debate cultural de nuestro tiempo enfrenta hoy dos posturas irreconciliables: por un lado, quienes defienden la continuidad de una civilización en decadencia, apostando incluso por su evolución hacia lo antihumano y transhumano; y, por otro, quienes consideran inaplazable replantear los fundamentos filosóficos sobre los que aquella se erigió. Este conflicto no es apacible, pues la cultura dominante, en los estertores de su agonía, intenta imponer su dogmática ideológica ya no mediante la razón, sino por la fuerza.

La revisión crítica del legado intelectual de la era de la razón es una tarea ineludible para propiciar un renacimiento cultural y sentar las bases de una nueva civilización. Solo así, nos insiste Rodríguez Iturbe, podrá plantearse una alternativa cultural y política que proteja y valore la dignidad humana. Ello exige reafirmar un humanismo personalista y recuperar una visión de la historia liberada del antiteísmo característico de la modernidad y posmodernidad.

Nuestro autor propone, en este sentido, recuperar una teología auténtica como fundamento de un humanismo capaz de reconocer la condición de criatura del ser humano y abandonar definitivamente los falsos dogmatismos del hombre prometeico. El camino hacia esta *recta ratio* pasa por superar el triple reduccionismo propio de la modernidad y posmodernidad: la reducción de lo trascendente a lo inmanente, de lo sobrenatural a lo natural y de lo teológico a lo político.

Este libro y los jóvenes

El sueño de la razón es una obra que debe atraer especialmente a los jóvenes que descubren en su interior el llamado de la política. Más allá de los problemas prácticos que el político enfrenta en su día a día, el drama descrito por Rodríguez Iturbe refleja el desafío más grave de los próximos años.

La extensión y complejidad de este libro, lejos de ser un obstáculo, debe constituir un estímulo a jóvenes verdaderamente dispuestos a reflexionar con la profundidad que exige la auténtica acción política.

Tal como lo advirtió el papa León XIV al inicio de su pontificado, la doctrina social de la Iglesia debe ahora responder no solo a la cuestión social –lamentablemente aún vigente–, sino también a una cuestión cultural cada vez más urgente. En este marco, esta obra de clara inspiración social cristiana se presenta como un referente valioso para comprender el reto intelectual y moral de nuestro tiempo. ☉

"Otro tema profético de este inolvidable discurso lo toca Pepe cuando menciona con preocupación: 'el hedonismo permisivista que nos viene, como el más repudiable 'producto importado', de la disolución moral existente en las naciones más desarrolladas y de más alta 'calidad' de vida"

SADIO GARAVINI DI TURNO

Conocí al amigo Pepe, en 1973, al regresar de Roma donde me gradué en Ciencias Políticas en la Universidad La Sapienza. Además de dar clases en la Universidad Católica, la Universidad Simón Bolívar y el Colegio Universitario de la Región Capital, mi actividad política en COPEI fue principalmente en el Instituto de Formación Demócrata Cristiano (Ifedec), dirigido por Enrique Pérez Olivares, uno de los principales maestros de mi juventud, quien me hizo el honor, entre otras cosas, de nombrarme secretario ejecutivo del Instituto Jacques Maritain de Venezuela, dirigido, a nivel internacional, por mi amigo Roberto Papini, con quien había colaborado en Roma, en la revista de la Internacional Demócrata Cristiana: *Panorama DC*. Curiosamente, en el número 2 de 1974 de esa revista, escribí una reseña de uno de los primeros libros de Pepe: *Génesis y desarrollo de la ideología bolivariana*, que, evidentemente, no tiene nada que ver con ese adefeso mal llamado Socialismo del Siglo XXI. Hice este breve relato de mi vuelta a la patria para subrayar una de las razones de mi amistad con Pepe. Para ambos, nuestra vida profesional "ha tenido las dos caras de Jano", para utilizar sus propias palabras, "además del rostro político ha tenido también un rostro académico". La amistad con Pepe se fortaleció rápidamente por la comunidad de ideales, pero también por la comunidad de intereses intelectuales.

Un orador con sentido de historia

Pepe es abogado (Universidad Central de Venezuela), doctor en Derecho y doctor en Derecho Canónico (Universidad de Navarra). Ha sido profesor en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Monteávila. En su actual exilio, es profesor de Historia de las Ideas y del Pensamiento Político en la Universidad de La Sabana (Bogotá). El común interés por la ciencia y la filosofía políticas, la historia y las relaciones internacionales nos acercó inmediatamente. En efecto, me siento identificado por estas palabras de Pepe: "Mi vida académica me sirvió de apoyo sólido en la vida política y esta ha nutrido de realismo la visión crítica del pensamiento y de los pensadores". En su libro sobre *Trótsky y el trotskismo original*, Pepe nos recuerda que tanto Trótsky como Cicerón fueron buenos oradores y buenos escritores con sentido de la historia y añade "los grandes políticos han sido buenos retóricos con sentido de historia. La retórica no ha sido para ellos cascarón de sofística sino instrumento de racionalidad y de argumentación. El discurso facilita -ha facilitado siempre- la contraposición de ideas, la racionalidad abierta, la discusión pluralista, la crítica civilista y civilizada". Pepe también ha sido un gran orador con sentido de historia. Sus colegas parlamentarios, durante sus tres décadas consecutivas en la Cámara de Diputados, lo saben muy bien. Pero también lo saben, a nivel internacional, los que lo conocieron, como uno de los vicepresidentes de la Internacional Demócrata Cristiana (IDC) y en la Organización Demó-

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

Las dos caras de Jano



JOSÉ BENJAMÍN RODRÍGUEZ ITURBE / ARCHIVO

crata Cristiana de América (ODCA), de la cual fue secretario general. Como miembro de COPEI, comparto también con Pepe estas palabras: "Durante casi cinco décadas tuve la experiencia personal de formar parte, libre y responsablemente, de una 'comunidad de conciencia con conciencia de comunidad' (que eso y no otra cosa es, o debe ser, un partido político de raigambre ideológica). Ideología entendida como interpretación cultural política de una realidad dada, en un momento dado de la historia". Para Pepe y los demócratas cristianos auténticos "el fin de la política no es el poder por el poder, como lo conciben Maquiavelo y sus discípulos, sino el bien común, entendido como el bien de la comunidad. Porque el poder es instrumento, pero no un fin en sí mismo". Sigo con palabras de Pepe que comparto: "Jacques Maritain hablaba de la 'verdad a la cual servir'. Mi generación (con sus aciertos y desaciertos) buscó eso en la agitada vida política venezolana. El camino se torció cuando algunos prefirieron 'la oportunidad en la cual medrar'".

La advertencia y la "profecía"

Ya en 1979 en el Editorial de la revista *Nueva Política*, en su número 33-34, en el 8° aniversario de la revista, dirigida por él y en la cual colaboré en diferentes ocasiones, Pepe advertía que la campaña electoral para la XV Convención Nacional de COPEI, "el debate interno había sido, desde el punto de vista ideológico, pobre. Más que confrontación de auténticas tesis hubo confrontación de alternativas personales para la jefatura de la conducción colegiada". Pepe hablaba de "aletargamiento ideológico" y decía: la "vitalidad de un partido puede medirse en su capacidad de plantear, debatir y decidir, con seriedad y altura, distintas alternativas estratégico-tácticas; tarea esta aparejada a la elaboración ideológica sin pausa, entendida como la interpretación cultural política del país en base a los principios doctrinales. Sin elaboración ideológica y discusión estratégico-táctica, la mengua de la dinámica interna conduce al mar de los zargazos del pragmatismo" y genera también "el grupalismo que ha involucionado en nuestro medio a los linderos del

tribalismo". "Cuando la dirigencia se degrada a la sumatoria heterogénea de personalidades solo atentas al personal encumbramiento, la militancia sustituye el servicio por la simple posibilidad de figuración y/o medro; y el partido como instrumento de servicio es sustituido por la discrepante y áspera comandita de intereses". Casi diez años después, el 25 de agosto de 1988, en su excelente y profético discurso de despedida, como presidente de la Cámara de Diputados, en la clausura del período de sesiones de ese año, Pepe retoma el tema de la crisis de los partidos y pone el acento sobre cómo los aparatos, las maquinarias de los partidos se han convertido en los arietes para el logro del poder político en los procesos internos partidistas y que las maquinarias se habían convencido de ser el partido. Pero la organización es parte del partido, no es todo el partido. Y nos dice: "cuando el aparato toma un partido, se cancela, como efecto secundario, la vitalidad ideológica. Pero el efecto primario es aún más nefasto. Corre el riesgo de la pérdida de la propia identidad. La *intelligentsia* partidista está hecha para la elaboración ideológica y debe nutrir los niveles de dirección propiamente políticos; debe dar líneas, lo cual supone dirigir; y para dar líneas debe analizar, comprender e interpretar cultural-políticamente, lo cual supone hacer, en la acción y para la acción, elaboración ideológica. La maquinaria, el *apparatchik*, no está hecho para dirigir, ni para elaborar ideológicamente; está hecho para ejecutar". "Cuando el aparato se vuelve omnipotente en el seno de los partidos, cuando la organización es, internamente el poder; se ha llegado a la osificación burocrática de los partidos, a la esclerosis de la mediocridad, a la institucionalidad del vuelo bajo; el dialecto interno pasa a ser lenguaje del clientelismo y de las granjerías. Entonces si los partidos no reaccionan con prontitud, coraje y eficacia, las organizaciones políticas populares están en trance de convertirse en engranajes mafiosos". "La democracia es reducida a *demoskopie*; las encuestas sustituyen los esfuerzos de comprensión y análisis de la realidad, la interpretación

cultural-política es desplazada por la interpretación de los sondeos de opinión, la política ideológica es sustituida por la sociologización de la política". Y aquí viene una de las partes proféticas del discurso y no olvidemos que fue en agosto de 1988: "Si tal fenómeno, en situaciones normales del país, es grave y harto peligrosos para los partidos, resulta aniquilador para estos como instituciones, y muy contrario a la buena salud de la República, cuando se presenta en momentos de crisis nacional. En efecto, la degradación de la dinámica interna de los partidos, como consecuencia de la alteración y dislocamiento de las funciones internas de sus diversos componentes (...) aumenta las posibilidades de que las salidas a la crisis se busquen no por vías normales, sino patológicas. Vale decir, aumenta el peligro (nunca plenamente superado) de la regresión histórica, de la frustración política, del escepticismo generalizado, de la estéril fuga hacia lo utópico". En efecto, así pasó, en Venezuela el "amo" estaba cerca.

Civilización afrodisiaca

Otro tema profético de este inolvidable discurso lo toca Pepe cuando menciona con preocupación: "el hedonismo permisivista que nos viene, como el más repudiable 'producto importado', de la disolución moral existente en las naciones más desarrolladas y de más alta 'calidad' de vida (en términos de bienestar, se entiende de

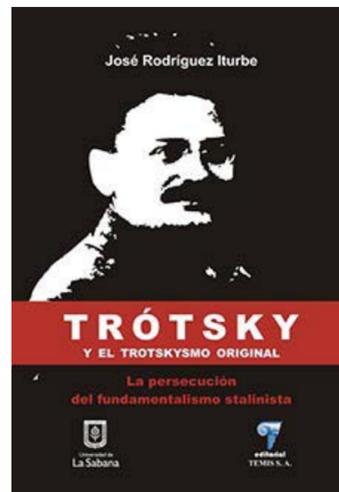
no bien ser). La fetidez de mil falsas liberaciones (la droga, la pornografía, las expresiones aberradas de la cultura de la muerte -aborto, eutanasia, violencia, terrorismo etc.-) se ha extendido zonalmente provocando, como "patrón inevitable", el del individualismo utilitario, potenciado en su máxima expresión, que exalta frenéticamente al yo y califica, de antigualla al bien común, como principio que debe regir tanto las relaciones entre los hombres como entre las naciones. Es lo que algunos han llamado la socialización del egoísmo".

En efecto, hoy vivimos una sociedad que está impregnada por el materialismo, el relativismo, el egoísmo y un hedonismo promiscuo. Una cultura, que ha perdido demasiado el sentido de la trascendencia y sus puntos de referencia fuera del tiempo, está caracterizada por el fenómeno del consumismo. Se trata de una cultura que identifica a la persona con lo que está en capacidad de procurarse para conseguir placer, transformado en el eje central de la existencia humana, el fin último es "ser feliz", aunque sea químicamente. La verdadera "civilización afrodisiaca" anticipada por Bergson. Juan Pablo II, en su *Centesimus annus*, nos advierte: "No es malo el deseo de vivir mejor, pero es equivocado el estilo de vida que se presume como mejor cuando está orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más no para ser más, sino para consumir la existencia en un goce que se propone como fin en sí mismo". En el fondo de esta mentalidad consumista, está la idea de que la acción material de poseer una cosa y servirse de la misma pueda resolver todos los problemas y liberarnos de nuestras "esclavitudes", inclusive las de carácter interior. Síntoma "folklórico", pero ilustrativo, de esta actitud es la creciente popularidad de las medicinas que prometen eliminar no solo los dolores sino también la ansiedad, de las vacaciones organizadas con la "garantía" de la diversión y de las prácticas paramágicas que "garantizan" la serenidad. El politólogo italiano Antonio Gambino afirma que el término "consumir" ha perdido toda substancia y viene a coincidir con una obsesionante búsqueda de distinguirse y contraponerse a los otros, con un poseer que adquiere valor y placer si se tiene más de los demás y con exclusión de los demás. Por eso el auge de productos y servicios "exclusivos". La libertad tiende a relajarse en libertinaje. La videocracia imperante videocretiniza cada vez más y atrofia la capacidad de raciocinio de buena parte de la humanidad. Como nos dice Giovanni Sartori, el *Homo sapiens* se está transformando paulatinamente en un *Homo videns*, que ve mucho y piensa poco, su mundo es de muchas imágenes y escasos conceptos. Si seguimos por este camino, las leyes de la evolución podrían producir un hombre que se caracterizará por una cabeza pequeña, que contendrá un minúsculo y subutilizado cerebro y unos gigantescos ojos brotados, con visión "cinerama", rellenos de una mansa y vacua expresión idiota.

Conclusión

Para terminar estas notas, permítanme contar una anécdota. En 1979, siendo viceministro de Justicia en el gobierno de Luis Herrera Campíns, al leer un importante discurso en el exterior del entonces canciller Zambrano Velasco, a quien todavía conocía muy poco, quedé estupefacto (no sorprendido, de acuerdo con don Andrés Bello) al ver una cita textual de un artículo académico mío, obviamente mencionando mi nombre. Solo posteriormente me enteré de que Pepe había participado en la preparación de ese discurso, como presidente de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores y asesor de Zambrano. Él había sido el autor de esa cita. Poco tiempo después, Zambrano me llamó para ofrecermelo, en nombre del presidente Herrera, la Embajada de Venezuela en Guyana.

¡Gracias por todo Pepe! ¡Que Dios te bendiga siempre!



HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

La persecución de las sombras: ¿transición o reconstrucción en Venezuela?

"pesa en su propio hacerse el haberse hecho y ser doctor *in utroque juri* por la Universidad de Navarra. Fue parlamentario sin mácula durante seis períodos constitucionales, presidiendo la Cámara de Diputados, donde destaca como una suerte resurrecta de orador ático"

ASDRÚBAL AGUIAR

José Rodríguez Iturbe es miembro de la llamada generación venezolana de 1958. Es su ícono intelectual. Sobrevive como *rara avis* y prolongación del conjunto histórico de nuestra ilustración civil pionera, la de 1811. Es una suerte de Cecilio Acosta recreado en el siglo XX y en lo que va del XXI, pues reparando sobre Venezuela entiende bien, según los términos de este, que la relación fructífera entre lo militar y lo civil puede darse "sin peligro para la libertad de los pueblos", solo en el marco de una alianza para "salvar la majestad de la ley".

Esta premisa nominalmente es esencial, si hacemos abstracción de la realidad corriente, que es más grave, ominosa y desafiante que sus respectivos precedentes desde la refundación de la República en 1830, pues en ella reposa el nudo gordiano de nuestra dislocación germinal como patria: "Mientras no sea la razón sino la fuerza, mientras no sea la *intelligentsia* sino la violencia armada la que decida la ruta del devenir venezolano, seguiremos dando tumbos, entre odios, anarquías y pequeñeces", escribe Rodríguez Iturbe.

Tomás Lander (1792-1845) describe a ese tiempo, en el que el general José Antonio Páez intenta que sean los civiles quienes dibujen a Venezuela desde la Sociedad Económica de Amigos del País, afirmando que había y sobrevivían tras las guerras "dos facciones pequeñas y vigorosas que aspiraban a volcar el sistema no por imperfecciones que ojalá no tuviera, sino porque no hallaban todos los individuos que la componían, todos los goces a los que aspiraban temerariamente".

El planteamiento corriente de una nueva transición, de las que Venezuela conoce varias veces y durante varios tramos de su elipse republicana, tal como lo explica "Pepe" en su libro más reciente y que nos ocupa: *Venezuela, la persecución de la sombra* (Editorial Alfa, 2024), antes que cambio de ciclo político –en tesis que he compartido a cabalidad con él, desde mis escritos– en propiedad implica reconstruir a la nación. Han sufrido los venezolanos un daño antropológico severo. Su diáspora, de casi un 30% de la población, que remite a la misma pérdida de población ocurrida durante la guerra fratricida por la Independencia –sin libertad– y durante la Guerra Federal, explica la afirmación concluyente del autor: "Como Venezuela está rota, cultural, material y espiritualmente, se trata de construir sobre ruinas".

Me he referido a la Ilustración civil que tuvimos, la de la Primera República –"al existir una Ilustración cualificada hay igualmente un surgir temprano en Venezuela del liberalismo político y, por tanto, de la demo-

cracia", refiere Manuel Bustos desde la Real Academia Hispanoamericana– y que quedó proscrita durante casi doscientos años. La malhadada deriva bolivariana de las espadas fue la responsable, todavía más la complicidad de las élites logreras que abonaron para su olvido. Al pensamiento, recuerda Rodríguez Iturbe, lo envió al "cementerio de los vivos" el propio Antonio Guzmán Blanco, fundador de academias e "Ilustre Americano".

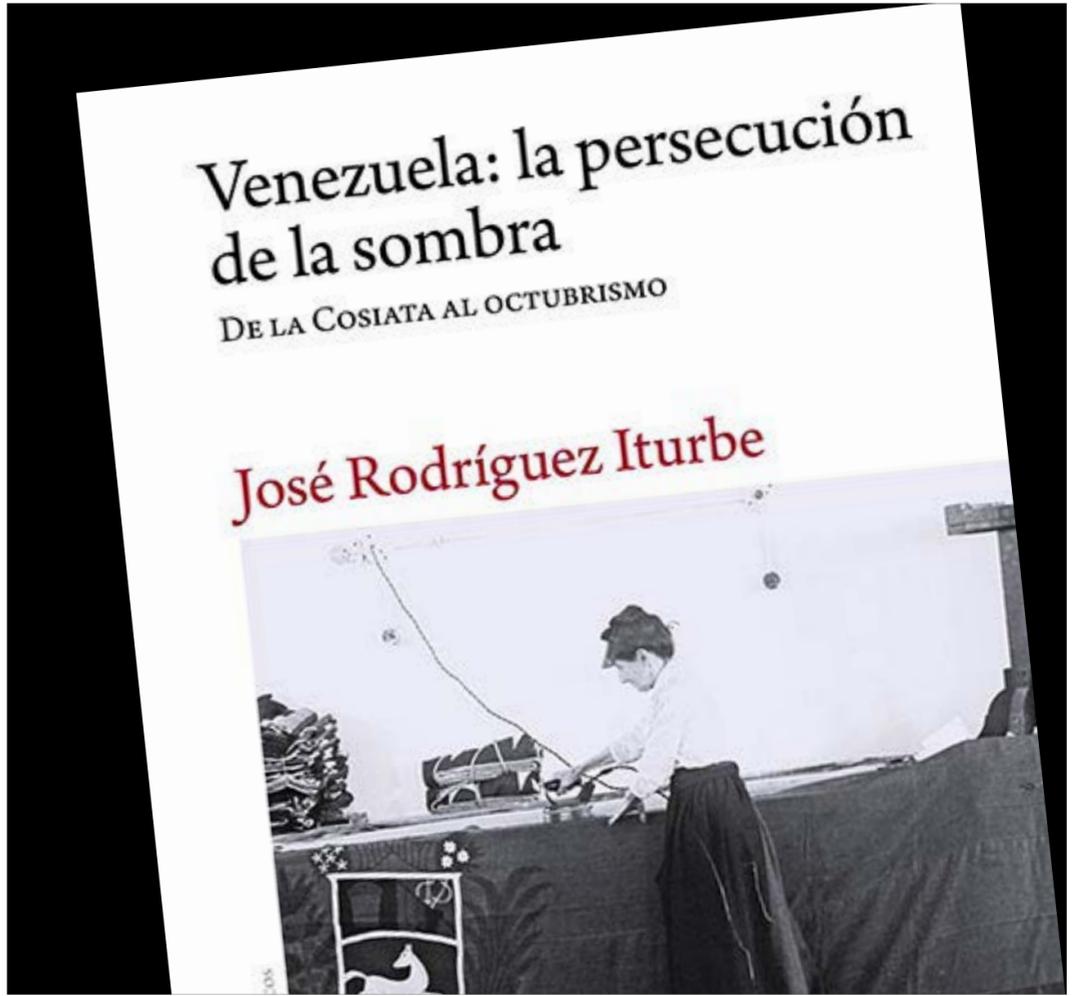
Leer a Rodríguez Iturbe para resolver sobre nuestros enconos

He de comentar aquí y a propósito de estas apuntes que hacen merecido elogio a quien bien lo merece, que, asimismo, durante nuestro trasiego republicano y todavía más en el momento actual, a partir de 1999 y desde cuando se disuelve la república, son los civiles los que se militarizan. En su mayoría medran alejados de las trincheras, recogidos en sus conventos franciscanos, mientras se lucran sin querer mancharse de los turbios negocios de sangre que aquellas les proveen. ¿Acaso son mixturas causahabientes y redivivas de Antonio Leocadio Guzmán y el Marqués de Casa León, ahora empeñados en frenar el renacer de Venezuela?

Mientras Guzmán traiciona a Francisco de Miranda y le sirve por igual al Padre Libertador, Simón Bolívar, tanto como a Boves El Urogallo, Rodríguez Iturbe le dibuja como al fraudulento padre del liberalismo venezolano que fue y como especie de Fouché. Regresó de España a Caracas –dejando a su padre en Puerto Rico– cuando ya se había separado la Madre Patria de su antigua Capitanía General. No había guerra. Sin pelear en la Independencia visita a Bolívar en Lima para que le obsequie un título de oficial castrense. Por si fuese poco, este "demagogo destructor de la convivencia democrática", expresión del "divorcio entre la ética y la política en la Venezuela posterior a la Cosiata" –Felipe Larrazabal le llama "el segundo Bolívar"– se ayunta con tal familia patricia, la de los Bolívar de Caracas, por vía de los Jerez de Aristeguieta. Mas no tuvo rubor al momento de firmar como secretario del Interior el decreto que en 11 de septiembre de 1830 acusa al Libertador y expresidente de la Gran Colombia de fomentar la insurrección en Venezuela, proscribiéndole.

Rodríguez Iturbe, que junto a los fallecidos Aristides Calvani y Enrique Pérez Olivares es un reservorio del pensamiento humanista cristiano contemporáneo, lleva en sus venas sangre de venezolanidad genuina como directo descendiente que es de Lino de Clemente, primer ministro de Defensa de la patria criolla y signatario del acta de nuestra Independencia; y de José Rafael Revenga, secretario del Libertador y canciller de la Gran Colombia. Pero a más de acreditarle la fuente de la que viene, pesa en su propio hacerse el haberse hecho y ser doctor *in utroque juri* por la Universidad de Navarra. Fue parlamentario sin mácula durante seis períodos constitucionales, presidiendo la Cámara de Diputados, donde destaca como una suerte resurrecta de orador ático.

Fue cabeza de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores, que integraron los exjefes de Estado y excancilleres de la República civil; secretario general de la Organización Demócrata Cristiana de América y vicepresidente de la entonces Internacional Demócrata Cristiana (IDC). "El gran debate cultural del presente no es otro que el que se libra entre quienes afirman la inmortalidad de la civilización que está muriendo y ven, además, su evolución progresista en el desarrollo de lo antihumano y transhumano; y quienes, por el contrario, consideran que solo replanteándose los supuestos filosóficos de base del mundo que concluye, haciendo una valoración crítica de su huella y de sus resultados histó-



cos, puede formularse una propuesta alternativa y abordarse la tarea, cultural y política, de la construcción de un mundo mejor en el cual la dignidad de lo humano esté revalorada, reconocida y protegida", confiesa, confesándose desde lo íntimo. Mira y hace juicio, así y desde sus convicciones éticas, sobre lo nuestro y desde la periferia global que nos sujeta a los venezolanos.

A sus muy reconocidas obras sobre los totalitarismos alemán e italiano y a su larga vida de docente universitario sobre la historia de las ideas y del pensamiento político, que continúa en su actual exilio colombiano, suma ahora, bajo el mismo sello editorial de Alfa, tres libros de historia vernácula seminales: *Bolívar y la gestación de la patria criolla. Eclipse de una contradicción* (2022); el ya mencionado, *Venezuela y la persecución de la sombra: de la Cosiata al octubrismo* (2024); y *Venezuela: del octubrismo a Puntofijo* (2025), como reedición de su memorable texto *La década militar*, escrita hacia 1984 durante sus tareas editoriales, junto a Naudy Suárez Figueroa, al frente de la revista *Nueva Política*.

Diría, sin temor a errar, que para rehacer y gobernar a nuestra nación o para aproximarse hoy al conocimiento de su ser y entender nuestro culto de presente, quien lo pretenda ha de instruirse o dejarse guiar por los señalados textos, si su propósito es darle al país sólidos fundamentos antes que exprimirle las ubres, como ha sido la experiencia. Y si falta hiciese de alguna base conceptual y teórica para mejor ahondar en la exégesis de lo venezolano que nos presenta el verbo acerado de Rodríguez Iturbe, basta como abre bocas su extenso libro pedagógico *El sueño de la razón. Modernidad y posmodernidad, razones, mitos, constructos* (2024), del que he tomado la cita precedente.

Rómulo Betancourt, sin acomplejarse frente al sesgo intelectual y la temporalidad de la obra de Francisco González Guinan, situada sobre nuestro dilemático y trágico siglo XIX, decía bien que no siendo un acto de improvisación la gobernanza de una nación si se busca sostenerla sobre su gobernabilidad civil y democrática, leerse los 15 tomos sobre *Historia contemporánea de Venezuela* escritos por este era un deber. Cabía a cada funciona-

rio responsable examinarse sobre sus contenidos, antes de presentar protesta para un cargo.

Pues bien, leer y escudriñar a Rodríguez Iturbe, incluso críticamente y estimando los contextos –como él mismo lo hace– para dejar el testimonio de sus análisis de la época histórica que trabaja y para mostrarnos las inacabadas transiciones ocurridas en Venezuela, más que deleite es un acto de coraje y generosidad patria.

González Guinan es un lúcido cronista y memorioso reportero de los hechos –a la manera de los historiadores que ajustan su labor con la frialdad del forense que deja a la vera cuerpos inertes, matemáticamente diseccionados. Nuestro autor y homenajado no se ahorra el juicio ni deja de expresar aquello que como hecho histórico le sorprende. Lo que le facilita hilvanarlo con los acontecimientos de su propio tiempo, de nuestro presente, con miras al porvenir. Entiendo y no juzgo, en suma, que algunos escritores de lustre prefieran callar ante lo que este nos presenta como historia y en perspectiva, en su serie de obras de venezolanidad que debemos dar por bienvenidas. Remueven el cementerio de nuestro pasado, resucitan sus enseñanzas críticas, y con ellas intiman a la inhibida conciencia de unas élites a las que se las engulló el miedo, el terrorismo de Estado, que no discrimina a sus víctimas ante un pueblo genéticamente libre desde sus dos abríles memorables, el 19 de 1798 y el 19 de 1810.

**“
Fue parlamentario sin mácula durante seis períodos constitucionales”**

Las sombras del siglo XIX en la Venezuela del siglo XXI

Es inevitable dar cuenta, por ende, del interrogante aún no resuelto, con vistas a lo que nos plantea José Rodríguez Iturbe –"el salto más notable (...) de la Venezuela del siglo XX se operó bajo la dictadura militar de fines del 48 a inicios del 58 y con la continuidad democrática de 1958 a 1999"– a saber, sobre el estado de obnubilación e indiferencia, no solo colectiva, en los venezolanos que escucharon con sorna y trivialidad dos locuciones que ahora son historia. Me refiero a las que desnudan la realidad del daño antropológico denunciado en los libros del autor, uno de los cuales es objeto de mi recensión, y sobre nuestra vuelta fatal a la persecución de las sombras.

"Juro sobre esta Constitución moribunda", declara Hugo Chávez Frías ante el Congreso de la República al tomar posesión de la Presidencia, el 2 de febrero de 1999, disolviendo en segundos y en el imaginario social el valor gregario del orden constitucional. Busca hacerlo reposar sobre sus hombros, sobre la anomia de nuestro pasado que invoca y para someterlo a su omnimoda voluntad, reescribiendo a su arbitrio la historia de la patria.

Luego, sin que hubiese transcurrido el semestre, a la espera de que se elija e instale una Constituyente espuria, espuriamente convocada –que acompaña solo un 46% del país y cuya Constitución aprobará menos del 44% del registro electoral– y que hace reposar sobre su seno todo el poder de disposición constitucional absoluta hasta para disolver los poderes públicos existentes e implantar una dictadura constitucional –Jorge Olavarría proclama lo que es presente y le otorga mayor valor al libro cuyas páginas se desplazan desde la Cosiata al octubrismo: "Si los venezolanos nos dejamos alucinar por un demagogo dotado del talento de despertar odios y atizar atavismos de violencias, con un discurso embriagador de denuncia de corruptelas presentes y heroicidades pasadas, el año entrante Venezuela no entrará en el siglo XXI. Se quedará rezagada en lo peor del siglo XX. O retornará a lo peor del siglo XIX". Así fue y así es.

(Continúa en la página 6)

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

Pepe

"Si en lo académico ha representado siempre un ejemplo excepcional gracias a sus aportes como pensador e historiador, su papel en la política venezolana no ha sido ni menor ni circunstancial"

OSWALDO ÁLVAREZ PAZ

Así, de forma sencilla y sin adjetivos: Pepe. Un ser humano excepcional, un ciudadano ejemplar, un intelectual sin dobleces, un gran demócrata cristiano y, sin lugar a dudas, un hermano en la vida. La suya, dentro de una familia excepcional, ha sido modelo de ciudadanía, de amor por el Zulia y por esa vía, por Venezuela.

Tuvimos la suerte de compartir luchas juveniles en la Universidad del Zulia, con las banderas verdes de la Juventud Revolucionaria Copeyana, y al abrigo del afecto y el compañerismo de amigos inolvidables, entre otros Miguel ("el turco") Vaimberg, Jesús Bernardoni y Leonardo ("el negro") Ferrer. A ese nombre debe unirse el de quien, desde muy joven, luego de militar con nosotros, optó por la senda de la Iglesia, pero cuya amistad nos acompañó y enorgulleció hasta el último de sus días, monseñor Roberto Lückert.

La contribución de Pepe, desde el inicio de esas hermosas andanzas juveniles, estuvo presente en muchas formas, nos ayudó a sentirnos parte de algo más grande, con su voz potente y firme, dispuesta siempre a luchar por la democracia, y luego a defenderla de sus enemigos, bajo un sentido perenne de pertenencia a la sociedad democrática que gracias, entre otras instituciones, al Pacto de Puntofijo, se estaba gestando y que duró cuatro décadas.

Gracias a Pepe esa esperanza se mantiene viva, crece con su magisterio, y siempre ha impedido que vacilemos en las horas oscuras.

Pepe, en pocas palabras, ha sido la memoria ética de nuestra generación política.

Cumplamos asimismo con decir, brevemente, que mi querido hermano José Rodríguez Iturbe es un abogado,

profesor universitario y escritor venezolano nacido en Caracas en 1940. En alguna ocasión le he oído decir, como otra expresión más de su amor por lo zuliano, que "nació en Caracas por accidente" (lo cual no desdice de su amor por la capital, por la otrora ciudad de los techos rojos).

Si en lo académico ha representado siempre un ejemplo excepcional gracias a sus aportes como pensador e historiador, su papel en la política venezolana no ha sido ni menor ni circunstancial.

Valga mencionar que fue un brillante presidente de la Cámara de Diputados de Venezuela entre 1987 y 1990, y representante a la cámara desde 1970 hasta 1999. Miembro a lo largo de décadas del Comité Nacional de COPEI, ocupó asimismo cargos relevantes en la Organización Demócrata Cristiana de América (ODCA), de la que fue secretario general, y en otras organizaciones internacionales demócratacristianas.

Un rasgo particular de Pepe es su excepcional oratoria. Daré siempre gracias a Dios por estar entre los que tuvimos el privilegio de oír durante años su palabra en la Cámara de Diputados, toda una guía de análisis ético con una conciencia de patria y de venezolanidad, donde abordaba el contexto no solo venezolano, sino latinoamericano y mundial. A tal efecto, hay una anécdota, entre muchas, que merece ser contada:

Ante una brillante –como de costumbre– intervención de Pepe en el hemicycle, se oyó decir a Henry Ramos, entonces jefe de la fracción de Acción Democrática, que "cuando hablara Pepe debería cobrarse la entrada al palco de visitantes".

Pepe es de los grandes oradores que ha tenido la política venezolana.

Si destacamos su brillante oratoria, ¿cómo no mencionar algunas de sus citas más descollantes?

Las frases de Pepe reflejan un pensamiento profundo sobre la historia y la política. Quisiera mencionar, por ejemplo:

"El ejercicio responsable de su libertad lo hará cada ciudadano con los otros, por los otros, para los otros. Todo auténtico ejercicio de la libertad es un servicio".

"Contra el vivir en la mentira (como en la actualidad) el único remedio es vivir en la verdad".

"El liderazgo político latinoamericano ha estado marcado por una 'trilogía perversa' caracterizada por el caudillismo, el jacobinismo y el militarismo".

"Negar el elemento hispánico en nuestro mestizaje es algo contra natura. Por eso, maldecir lo hispánico



OSWALDO ÁLVAREZ PAZ, JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE, EDUARDO FERNÁNDEZ Y BELISARIO BETANCOURT

es, de alguna manera, maldecirnos a nosotros mismos".

"Y, con esperanza, suelo repetir su poema al Caribe: 'Como para decirlo de rodillas / ¡Qué bien está que en nuestro mar me quieras! / ¡Qué bien supo nacer en tus riberas! / ¡Qué bien sabrá morir en tus orillas! / ¡Qué llano azul para sembrarle quillas! / ¡Qué historia de vigiliadas costaneras! / ¡Qué mar de ayer para inventar banderas coloradas, azules y amarillas!'" (Poema de Andrés Eloy Blanco citado por Pepe en muchas ocasiones).

Pepe, en su extensa obra, ha realizado un análisis de la historia patria, centrándose en la democracia, y luego el militarismo, el caudillismo y el personalismo como factores que han dificultado la estabilidad del país. La importancia de lo "cultural-político" ha sido una constante en su obra, ya que su trabajo se caracteriza por una visión que busca la reconstrucción cultural y espiritual de Venezuela, y no solo en lo material.

Ha escrito ampliamente sobre temas históricos y políticos, destacando trabajos como: *Venezuela: del octubristismo a Puntofijo*, *Bolívar y la gestación de la patria criolla*, *El nazismo y el Tercer Reich*, o *Tucídides, orden y desorden*.

Sus escritos, afortunadamente incesantes, representan todo un magisterio excepcional.

Concluamos con una pregunta fundamental: ¿qué ha sido la política para Pepe? Para él, "la política debe ser regida por la recta razón. Ella no es una utopía, sino una exigencia del auténtico sentido humanístico de la vida pública".

El testimonio de lo vivido políticamente, en Pepe, se expresa en una inquebrantable voluntad de servicio a favor de la libertad y de sus instituciones plurales y dialógicas, es lucha

contra las injusticias, es ampliación de los espacios cívicos que nutren el bien común.

Pepe es un modelo perfecto de que el humanismo cristiano, en América Latina, fue pensado, creado y nutrido, desde sus inicios, por jóvenes. Y en nuestra generación, la voz pedagógica y moral de Pepe se dio a conocer desde los mismos comienzos de su militancia juvenil demócratacristiana.

Fue de esos jóvenes que, alejados de las dos modas ideológicas predominantes a mediados del siglo pasado, la marxista y la liberal, simultáneamente a la creación y desarrollo de instrumentos partidistas, elaboraron doctrina, debatieron, pensaron su país. Soñaron con una sociedad mejor, democrática, pluralista, republicana.

Su militancia, primero en la JRC, y luego en el partido, lo colocó por encima de las entonces naturales divisiones entre grupos que estaban separados por visiones particulares de la realidad partidista y venezolana, pero unidos todos en su defensa de la democracia, y que buscaron hacer llegar un mensaje humanista cristiano a toda la sociedad venezolana. Un mensaje centrado en reales formas de participación, y en una economía generadora de riqueza distribuida con justicia social.

Un tema prioritario para Pepe, vinculado a la profundización de la democracia y sus instituciones, ha sido la defensa y promoción de los pilares de la construcción de ciudadanía: "Diálogo, institucionalización acompañada de la promoción de la persona humana y de su papel en la comunidad, derrota de la pobreza por vía de la solidaridad".

Por desgracia, en nuestra historia criolla ha prevalecido casi siempre lo contrario a la institucionalización estatal y social, el caudillismo extremo.

Otra idea central del pensamiento político de Pepe se expresa en esta

noción central: "el reto de un humanista cristiano es siempre actuar con base en ideas, la acción debe seguir al pensamiento, y no viceversa".

Siendo Pepe un permanente defensor del diálogo democrático, pienso que esta frase del intelectual francés Jean Lacroix, quien insistía siempre que los que no son seres de diálogo son fanáticos, describe muy bien el espíritu que ha acompañado el magisterio político de Pepe:

"Los fanáticos se desconocen tanto como desconocen a los otros. Solo por mediación del diálogo se realiza uno y se conoce: al destruir el diálogo, se destruye uno a sí mismo y se destruye al otro".

Frase muy necesaria en estos tiempos quebrantados, de odios y de revanchas, necesitados de la razón y de la prudencia.

Aquí nos puede ser muy útil la definición de democracia de la filósofa española María Zambrano: "es la sociedad en la cual no solo es permitido, sino exigido, ser persona". El egoísmo individualista, ese centrarse en el yo, debe trascenderse, nos dice el pensamiento demócratacristiano, y dar paso a la noción de persona humana.

Y pocos como Pepe, en la historia de la democracia cristiana latinoamericana y mundial, para defender con honradez y coherencia la noción de persona humana, ese rico pozo de expresión humanista y trascendente.

Porque, y con esto concluyo, me consta que Pepe, el hermano, el compañero, el amigo, el ciudadano, ha engrandecido su vida con la presencia enriquecedora de la fe en la religión de nuestros padres, de una fe católica que alumbraba siempre la vida recta y humana, como ha sido la de Pepe.

Yo, a mis 82 años, doy gracias diariamente a Dios por haber traído a mi vida la presencia alegre, plena de honestidad y siempre fiel a los principios, de mi hermano Pepe. ☉

La persecución de las sombras: ¿transición o reconstrucción en Venezuela?

(Viene de la página 5)

Ramón Díaz Sánchez (1903-1974), tanto como lo hace Dante para describir a su quinto círculo del Infierno, emparentado con la Venezuela del ahora, se refiere al "monagato" y al día fatídico: el 24 de enero de 1848. Ocurre el asesinato del Congreso: "Cae sobre la ciudad un pavoroso silencio y la sangre del pueblo, mezclada con la de sus legisladores, humea en el empedrado. Doblan lúgubremente las campanas de las iglesias. La bestia, fatigada, se duerme arrullada por la sombra del nuevo amo".

Rodríguez Iturbe, así las cosas, rescata para el porvenir la ejemplaridad, siempre excepcional pero jamás ausente y siempre reparadora en cada momento agonal o agonioso por el que ha transitado Venezuela. "Fermín Toro no se degradó ante los ase-

sinos. Aquellos a quienes molesta la grandeza civilista en la afirmación de la patria republicana han pretendido banalizar como anécdota la frase histórica de Toro, que salva no solo su propia dignidad, sino también la honra de la función política insustituible de la representación popular": "Decid al general Monagas que mi cadáver lo llevarán pero que Fermín Toro no se prostituye", fueron sus palabras.

La breve y fulgurante lección de Fermín Toro (1806-1865) –lo recuerda el autor– brilló como un rayo en medio de una noche tempestuosa. Elías E. Toro (1899-1959), médico y también eminente hijo del eminente médico y rector que fue de nuestra Universidad Central y representante de la corriente positivista de inicios del siglo XX, traza la verdad que ha provocado destrucción sin par y sin arrepen-

timientos de nuestra historia y de la que se forja, obligando a la reconstrucción. No se trata de otra transición política. No es otra realidad, diferente de la que dibujaran Rómulo Gallegos en su *Cantaclaro* y Antonio Arráiz, en su *Tío Tigre y tío Conejo*; o Domingo F. Sarmiento, desde el Sur, en *Civilización y barbarie*.

De su causahabiente don Fermín, dice Toro hijo –lo copia nuestro homenajeado– sobre lo que su comportamiento modelador significó y basta como radiografía de nuestro cuerpo sobre el corriente descampado nacional: "Con su actitud ha establecido dos categorías contrapuestas de hombres en la política venezolana de las generaciones posteriores: los que se plegarán incondicionalmente a los designios del personalismo; los que por bastarda ambición venderán su pluma y su palabra al caudillo

triumfante; los que justificarán en todo tiempo el atropello y la violencia. Y aquellos otros, escasos, que por defender las instituciones caerán bajo el golpe de la fuerza, o vivirán oscurecidos y olvidados".

La transición esperada

Pues bien, de nueva cuenta vuelve el analista de nuestras transiciones históricas, José Rodríguez Iturbe, que no han sido pocas y de las que solo muy pocas, según su criterio, alcanzan a forjar un destino civilista que, al término, como en la anaclosis, siempre nos han devuelto sin afirmarnos a la persecución de las sombras: ¿En 1830? ¿1947? ¿1961?

"No se trata de mesianismos ni de esperar milagros que están más allá de las fronteras de nuestra humana condición. En política no hay dioses ni sustitutos de dioses (...). No se trata, por tanto, de pedir imposibles a la dirección de la transición. La transición será un proceso que exige, en sus etapas, continuidad (...). No se trata solo de enviar, por sus deméritos propios, al basurero de la historia

a la horda militar-civil [responsable de la aniquilación institucional de Venezuela] (...). Eso, por supuesto, es condición *sine qua non* de la reconstrucción nacional".

Pepe o José Rodríguez Iturbe avanza un paso más allá: "la transición, para que no sea otra vez la persecución de la sombra, debe ser mucho más que eso. Debe ser el empeño de reconstrucción no solo material sino también cultural y espiritual de Venezuela", es su conclusión.

Reconstruirnos y rehacernos es posible y no solo deseable. Lo lograrán las generaciones actuales y las que le siguen. Al término de la larga dictadura del general Juan Vicente Gómez, lo apuntaba Díaz Sánchez, "el escepticismo había marchitado las almas. Las fuentes de la creación estaban secas". Nadie podía imaginar que, como nación en permanente hacerse, Venezuela se modernizaría a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y pasaría a ser el ejemplo de libertad y de democracia social mejor aquilatado entre las naciones de Occidente, hasta 1999. ☉

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

El reto del mañana

"Es interesante para las nuevas generaciones – especialmente para aquellos que no conocen nuestra historia– la vinculación que Rodríguez Iturbe hace del régimen militar (1948-1958) con el fatídico pasado autoritario"

ANDRÉS CALDERA PIETRI

No puede hacerse historia sin conocerse la historia o despreciando la historia. Se nos exige pues conocer y valorar el pasado para extraer de él el rico vitalismo de la experiencia honda, para tomar patrones de conducta perennes, adecuados a nuestra idiosincrasia y a nuestro momento. Conocer y valorar el pasado en lo bueno y lo malo que contenga, para que nuestra impronta posea el sello de lo propio, sin adulteraciones. De la historia su lección: nunca el pasado puede ser un ancla que nos impida el navegar bravío, debe ser por el contrario vela hinchada siempre por los vientos de la edad que se gesta" (1).

A cincuenta años de pronunciadas estas palabras, José Rodríguez Iturbe recoge lo fundamental del recorrido histórico 1948-1959, de su libro *Cronica de la década militar* (Ediciones Nueva Política, 582 páginas, Caracas, 1984), para ofrecer a las nuevas generaciones de venezolanos una versión más breve y accesible, cuidada en información histórica pero enriquecida con su juicio elocuente, en su reciente libro *Venezuela: del octubrismo a Puntofijo* (Editorial Alfa, colección trópicos, 148, 278 páginas, España, 2025). En este nuevo regalo, Rodríguez Iturbe concluye con un capítulo que titula "La persecución de la sombra y el reto del mañana".

Nuestro pasado autoritario

Es interesante para las nuevas generaciones –especialmente para aquellos que no conocen nuestra historia– la vinculación que Rodríguez Iturbe hace del régimen militar (1948-1958) con el fatídico pasado autoritario. Al poner el foco en el ideólogo del régimen de Marcos Pérez Jiménez, Laureano Vallenilla-Lanz, hijo, dice: "Laureano Vallenilla Lanz, hijo, es a Pérez Jiménez lo que su padre fue a Gómez (...). Laureano Vallenilla Lanz, padre, descubrió *a posteriori* en Gómez el gendarme necesario (...). Laureano Vallenilla Lanz, hijo, pareciera haber poseído *a priori* la intención de hacer de Pérez Jiménez el gendarme necesario teorizado por su padre" (2).

También lo relaciona con el gobierno de Guzmán Blanco: "Pretender, como Vallenilla pretendía, que todo el mérito del cambio de escenario, para usar sus palabras, se debía a la tecnocracia desideologizada de la dictadura militar no pasaba de ser una fanfarronada muy a lo Guzmán (...). Vallenilla era más guzmancista de lo que estaba dispuesto a admitir. El nuevo escenario de Vallenilla era, quizá, menos cursi que el de Guzmán, pero el régimen al cual servía era, como el de Guzmán, dictatorial y ladrón" (3).

Rodríguez Iturbe llama a la década militar "la etapa conclusiva de la transición postgomecista" que, iniciada por López Contreras termina



JOSÉ BENJAMÍN RODRÍGUEZ ITURBE / CORTESÍA



con otro tachirense, y se pregunta si la democracia habría tenido viabilidad sin el salto de economía rural a economía minera que experimentó el país en las décadas 1940 y 1950.

Sin embargo –dice– ya avanzado el siglo XX, "Venezuela requería la democratización, el tránsito del súbdito al ciudadano. En la tensión histórica entre libertad e igualdad, ese tiempo, de la caída de Gallegos a la caída de Pérez Jiménez, de gran transformación material de Venezuela, nos hizo valorar existencialmente, ante la dictadura, la carencia de libertad. Igual que ahora. Los veinticinco años de Chávez y Maduro han sido la peor autocracia de nuestra historia" (4).

Rodríguez Iturbe no niega la transformación estructural que tuvo el país en esos años, al contrario, la reconoce, advirtiendo que esta tuvo su origen en el gobierno de Isaías Medina y, más atrás, en la reforma institucional iniciada por López Contreras. Pero también afirma que muchos de esos grandes planes –como los hidroeléctricos y siderúrgicos– tuvieron continuidad en los regímenes democráticos, con la gran diferencia del acento puesto en educación y salud, reflejado en el incremento sustancial de ambas partidas en el presupuesto nacional.

El aprendizaje de los políticos

Rodríguez Iturbe sostiene que la Re-

cipación en la toma de decisiones que atañen a su propio destino.

La república de Puntofijo

La seguridad de un futuro luminoso para Venezuela exige el análisis sereno, sin miopías sectarias ni manipulaciones interesadas sobre lo bueno y lo malo de esta etapa (1958-1998) que tanto Rodríguez Iturbe como muchos otros, pensamos que constituye la mejor etapa de toda la historia republicana de Venezuela. Extraer de ella "el rico vitalismo de la experiencia honda" es una tarea principalísima para la reconstrucción del país.

Pienso que esos cuarenta años tuvieron tres etapas bien marcadas: la primera (1958-1973) de crecimiento económico sostenido sin inflación y alta movilidad social; la segunda (1974-1988) de generación de la crisis y marchas y contramarchas intentando solucionarla, pero con la gravedad de un nuevo inquilino –la inflación–; y la tercera (1989-1998) de agravamiento de la crisis.

La forma como se manejó la primera bonanza petrolera generó una crisis que no llegó a resolverse después. La triplicación de la burocracia y la quintuplicación de la deuda pública, comprometiendo parte sustancial del presupuesto en los años subsiguientes fue verdaderamente trágico. Todavía en 1994 el servicio de la deuda pública representaba el 35% del presupuesto nacional (5).

El nuevo inquilino –la inflación–, que año a año fue castigando a los sectores mayoritarios del país, especialmente a la clase media en su calidad de vida, fue una de las causas principales del malestar de la gente con el sistema democrático.

Esa "Venezuela Saudita", como la llamaron, tuvo también un impacto en el excesivo estatismo, en el cambio de mentalidad hacia la riqueza fácil, las soluciones mágicas y el incremento sensible de la corrupción en sectores dirigentes del país.

Fue, además, un elemento de pérdida de fe en el sistema democrático, el que el pueblo observara diariamente las agresiones y descalificaciones personales de los líderes políticos entre ellos, que dieron crédito a aquel dicho de que si era verdad lo que decían unos de otros entonces ninguno debía gobernar el país. En palabras de Pepe, "lo que el pueblo espera brotar en sus dirigentes no es la negación de sus opuestos, sino el testimonio de su amor por todos" (6).

Esa misma dirigencia política bloqueó durante cinco años (1994-1999) la reforma constitucional, producto de tres años de trabajo de una comisión bicameral designada por el propio parlamento, y que constituía el primer punto del programa de gobierno del candidato ganador de las elecciones presidenciales en 1993. No tengo dudas que el haberle dado la espalda a la reforma constitucional le dio fuelle a la propuesta de Hugo Chávez de su Constituyente, con la que comenzó el desmantelamiento institucional de la democracia.

El país, que esperaba desde la creación de la COPRE, a mediados de los ochenta, los cambios institucionales planteados, entre ellos el de poder contar con una administración de justicia independiente, ajena a manipulaciones interesadas, vivió una frustración que llevó a la radicalización de muchos.

Otro tema que considero importante es que, si bien el venezolano se acostumbró a vivir en libertad gracias a esos 40 años, pareciera que no aprendimos suficientemente a vivir los valores democráticos. En nuestro comportamiento social se refleja en buena medida la tradición autoritaria. La actitud de quienes se comportan como los dueños del patio, atropellando el derecho de los demás, refleja no tener consideración por la convivencia y el respeto al derecho ajeno. La democracia es una forma de vida y nuestra tradición autoritaria cons-

pira contra ella. El recordado psicólogo y maestro Manuel Barroso sostenía que la democracia, como forma de vida, había que aprenderla en la propia familia: "Quiero insistir que si queremos tener afuera, en la comunidad, una democracia efectiva, tendremos que comenzar a echar los fundamentos de procesos de derechos y responsabilidades congruentes adentro, en la familia" (7).

La Venezuela de hoy

Rodríguez Iturbe afirma con razón, en el capítulo final, que la Venezuela actual está muy distante desde todo punto de vista de la que vivieron en 1958 los forjadores de la democracia. Sin embargo, podríamos pensar que ante desafíos tan importantes como la reestructuración del Estado –uno de los mayores dolores de cabeza de los tiempos de la democracia en crisis– puede que se logre con rapidez ante las deplorables condiciones en que suponemos se encuentra hoy el aparato burocrático. Igualmente, la hipertrofia del Estado va a obligar a que sea el músculo privado el que recupere y potencie la economía del país, lo que va a ser tremendamente positivo.

También, el regreso de miles de venezolanos de la diáspora, que vienen con una mentalidad diferente, después de duros años de trabajo intenso y de convivir en sociedades distintas a la nuestra, puede contribuir a acelerar los cambios que se requieren para tener una mejor vida social.

El restablecimiento de una verdadera descentralización y municipalización en el país, aunadas a la promoción de la participación ciudadana en los asuntos públicos, como creo que ya hemos entendido nos interesa a todos, va a hacer un cambio sustancial en la Venezuela que está por venir. Debemos volver a la rendición de cuentas, los controles administrativos y la lucha sin tregua contra la corrupción, como fue el propósito de los padres de la democracia. Por supuesto, la responsabilidad del liderazgo político en la redefinición de los partidos va a ser necesaria. Una Constituyente tendrá que redibujar nuestro suelo institucional. En lenguaje de Pepe, "reconstruir la nación para revivir la república, las velas están hinchadas para el navegar bravío".

Agradecimiento final

Quiero darle las gracias a Nelson Rivera por haberme encomendado la honrosa tarea de apoyarlo en la organización de este merecido homenaje a José Rodríguez Iturbe con ocasión de cumplir 85 años de maravillosa existencia. Además de las tareas de coordinación, disfruté el haber encontrado y digitalizado el extraordinario discurso de Pepe a sus 32 años en el sesquicentenario de la batalla naval del lago de Maracaibo. Escucharlo, una y otra vez, es un verdadero deleite. Su brillantez intelectual, unida a su verbo encendido, conmueve las fibras de cualquier ser humano. No se pierdan de escucharlo.

Gracias Pepe, por toda una vida dedicada al estudio y a la educación, con impacto sobre varias generaciones. No puedo olvidar que, siendo un estudiante universitario me permitiste usar tu prestigioso pie editorial *Nueva Política* para publicar libros atinentes a la formación democratacristiana de mis compañeros. Gracias otra vez, Pepe, por tu generosidad. ☺

- 1 Discurso de orden en sesión de la Asamblea Legislativa del estado Zulia en el Teatro Bellas Artes de Maracaibo el 23 de julio de 1973, en presencia de los presidentes de Colombia y Venezuela, Misael Pastrana Borrero y Rafael Caldera, con motivo del sesquicentenario de labatalla naval de Maracaibo.
- 2 *Venezuela: del octubrismo a Puntofijo, la década militar*, Editorial Alfa, 2025, pág. 108.
- 3 Obra citada, pág. 129.
- 4 Obra citada, pág. 14.
- 5 Discurso de Rafael Caldera en la 49a sesión de las Naciones Unidas en Nueva York, el 30 de septiembre de 1994 (rafaelcaldera.com/discursos-caldera-onu-1994)
- 6 Discurso arriba citado.
- 7 *La experiencia de ser familia*, Manuel Barroso, Editorial Pomaire, Caracas, 1995, p.177

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

La crisis espiritual de la democracia

"Sin una razón ética que la sustente, la política se vacía de contenido y se convierte en espectáculo, cálculo o manipulación. Es el drama de lo que él llama 'democracia sin principios': un formalismo hueco que puede ser colonizado por el populismo, la tecnocracia o el nihilismo"

JULIO BORGES JUNYENT

Cuando una cultura se extravía y una democracia pierde su alma, hacen falta voces que no solo piensen, sino que vivan con coherencia. Voces que no se limiten a denunciar el caos, sino que siembren orden, esperanza y verdad. Una de esas voces –lúcida, firme, profundamente humana– es la de José Benjamín Rodríguez Iturbe.

Este artículo nace como homenaje a su pensamiento, y he decidido comentar su texto que participa en el libro *La crisis espiritual de la democracia*, que próximamente verá la luz: junto a un grupo de amigos y luchadores –Paola Bautista de Alemán y Juan Miguel Matheus– nos propusimos dar forma a un libro que no hablara de la democracia como un simple conteo de mayorías y minorías, sino como lo que realmente es: un dilema profundo, ético, político y filosófico. Así, reunimos a más de veinte autores de las grandes ligas del pensamiento político de una docena de países –Rocco Buttiglione, Joseph Weiler, Vittorio Possenti, Francisco Plaza, David Walsh, Massimo Borghesi, Jose Antonio Marina entre otros– para reflexionar juntos este reto de nuestro tiempo. Pero, entre todos, un autor es capaz de tender un puente único entre la reflexión más honda y la experiencia vivida, entre la teoría y la lucha diaria: José Rodríguez Iturbe.

Ese es, quizá, el mejor homenaje que puedo rendirle: compartir, aunque sea en pocas líneas, lo que Pepe deja escrito en esta obra coral donde su voz resuena con un peso y una claridad inconfundibles.

Su texto en dicha obra, extenso y denso en contenido, es una síntesis crítica de los desafíos espirituales, culturales y políticos que enfrenta el mundo occidental. Se trata de una propuesta valiente para reconstruir el alma de nuestras democracias desde una antropología arraigada en la verdad de la persona humana.

Rodríguez Iturbe no es solo un pensador. Es un testigo. Su figura encarna esa rara coherencia entre pensamiento y vida. Profesor universitario generoso, parlamentario de altura, católico sin aspavientos, político con alma. Su magisterio no se limita a lo que ha escrito o enseñado, sino a cómo lo ha vivido: con cortesía, con firmeza, con profundidad.

Este homenaje quiere ser, a la vez, una lectura de sus ideas y una celebración de su ejemplo. Porque José Benjamín no solo piensa la democracia: la encarna.

1. La democracia como ética del bien común

Para Rodríguez Iturbe, la democracia no es una simple ingeniería de normas, votos y procedimientos. Tampoco un equilibrio mecánico entre dere-



JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE Y EDUARDO FERNÁNDEZ / ARCHIVO

chos y deberes, o un modo neutro de organización del poder. Es algo mucho más exigente: una forma moral de convivencia, una estructura espiritual que solo se sostiene si reconoce en cada ciudadano no un número, un consumidor, una mónada, ni un sujeto aislado, sino una persona digna. Una persona libre, responsable y abierta hacia el bien común.

Por eso, afirma como Rómulo Gallegos, que "toda auténtica libertad es un servicio". La libertad no se consume en el capricho individual, sino en la construcción compartida de una sociedad justa. La democracia, así entendida, no se reduce al resultado de un voto mayoritario, sino que reclama una comunidad de sentido, un "nosotros" que haga posible la deliberación racional, el diálogo fecundo, la esperanza de un futuro compartido.

El diagnóstico de Rodríguez Iturbe es claro: en ausencia de principios morales comunes, la democracia degenera. Sin una razón ética que la sustente, la política se vacía de contenido y se convierte en espectáculo, cálculo o manipulación. Es el drama de lo que él llama "democracia sin principios": un formalismo hueco que puede ser colonizado por el populismo, la tecnocracia o el nihilismo. Es el procedimiento divorciado del alma.

Frente a esta deriva, defiende una democracia enraizada en la conciencia moral de los ciudadanos. Solo el cultivo interior –dice– puede generar una ciudadanía verdadera, capaz de ejercer sus libertades en comunión con los otros, no contra ellos. El pluralismo, lejos de ser relativismo, debe ser un espacio de encuentro entre verdades vividas.

Su pensamiento se inscribe en una tradición que va de Alexis de Tocqueville a Karol Wojtyła: una democracia que reconoce su dependencia de valores prepolíticos, de fundamentos espirituales sin los cuales la libertad se torna vacía. Porque, como insiste, "el ejercicio de la política no puede desligarse del alma humana sin que ambos se desmoronen".

2. Globalismo, secularismo y la disolución de lo humano

Uno de los aspectos más originales –y más valientes– de su pensamiento es su crítica al nuevo paradigma globalista que, bajo la apariencia de progreso tecnológico y derechos universales, desmonta las bases mismas de la civilización occidental. Para él, el problema no es solo político ni económico: es, siguiendo la huella de san Juan Pablo II, antropológico y espiritual.

Rodríguez Iturbe sostiene que estamos viviendo un cambio epocal. Tras

el colapso moral de la modernidad – con su exaltación prometeica del yo autónomo– y el cinismo escéptico de la posmodernidad, emerge un modelo más peligroso: un globalismo tecnocrático, secularista y antihumano. En ese modelo, la persona deja de ser sujeto de dignidad para convertirse en un constructo moldeado por el poder tecnocientífico y económico.

En esta antropología del globalismo, ya no hay naturaleza humana. Todo puede ser manipulado: el cuerpo, la identidad, el origen, el destino. Desde esta lógica se promueven políticas eugenésicas, ideologías de género, aborto, eutanasia y redefiniciones arbitrarias de la vida y la muerte. No es un debate cultural: es una agenda de poder contra la civilización occidental.

Rodríguez Iturbe denuncia que esta lógica impersonal responde a un nuevo superhombre sin rostro: el sistema. Una estructura sin ética, sin límite, sin verdad. Si lo humano es solo una construcción, no hay dignidad, ni derechos universales, ni comunidad posible. La democracia se convierte en un simulacro al servicio de los "controladores" que manejan la técnica y el relato tal y como lo denunció C. S. Lewis en 1943 en *La abolición del hombre*.

Frente a esto, propone una recuperación radical de lo humano, desde su verdad más profunda: hijo de Dios, persona digna, ser en relación.

3. El personalismo cristiano como fundamento de una política digna

Frente a la deshumanización globalista, Rodríguez Iturbe propone el personalismo cristiano como fundamento de una nueva política. Inspirado por Karol Wojtyła, Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, afirma que la persona es relación, no clausura; que la libertad es autodonación, no aislamiento; y que el bien común es la meta más alta de la vida pública. La política –en esta clave– deja de ser lucha por el poder y se convierte en vocación de servicio. El otro no es un obstáculo, sino un camino. Contra lo que llama "la edificación del otro", esa voluntad de modelar al semejante a imagen del yo dominante, el personalismo proclama el reconocimiento del otro como igual y libre.

El bien común, por tanto, no se impone ni se negocia, sino que se descubre en el respeto, la Verdad con V mayúscula y la solidaridad. Por lo tanto, la razón política, si quiere ser sana, debe obedecer a la verdad del ser. Entendiendo a la verdad del ser como el descubrir en todo lo que existe la huella impresa de un mundo

creado y que permite reconocer al ser que lo sostiene.

Reconocer que existe la verdad es aprender a mirar el mundo como quien contempla una obra de arte y, al verla, se deja guiar por la intención de su autor. Porque sin verdad, la razón se corrompe; y sin verdad, la voluntad se extravía. En definitiva, se trata de reconocer la verdad en el mundo, no en fabricarla desde el poder totalitario o el subjetivismo radical.

Esta concepción no es teoría. Es praxis. Es la forma concreta en que Rodríguez Iturbe ejerce su vida cívica: con templanza, con respeto, con búsqueda constante de la justicia.

4. Contra la democracia sin principios

Rodríguez Iturbe no idealiza la democracia realmente existente. La mira con lucidez, con dolor, y con compromiso. Denuncia las formas degradadas del populismo, la política del espectáculo, el clientelismo como sistema, y la corrupción como lenguaje común. Pero no lo hace con amargura, sino con exigencia moral.

Afirma que el mayor riesgo de nuestro tiempo no es la dictadura abierta, sino el autoritarismo disfrazado de democracia. La democracia procedimental sin valores se vuelve susceptible de manipulación, anestesia y cinismo. Allí prospera el resentimiento como discurso y la corrupción como forma de poder.

Para regenerar la democracia, propone restaurar los vínculos morales de la comunidad: familia, escuela, parroquia, barrio, conciencia. Sobre todo, formar una ciudadanía con convicciones, no simplemente con opiniones. Se trata, en definitiva, de dotar de modo pleno de significado a la existencia tal y como nos enseñó Viktor Frankl tras su vivencia en los campos de concentración.

5. Testimonio de vida: coherencia, magisterio y humanidad

Nada de lo que Rodríguez Iturbe escribe está separado de lo que vive. Su magisterio es intelectual, pero también vital. Profesor universitario respetado, ha acompañado generaciones de estudiantes con una mezcla admirable de rigor, paciencia, profundidad y ternura. Enseña con el ejemplo. Escucha con atención. Dialoga sin arrogancia.

En la vida política, ha dejado una huella indeleble. Como parlamentario, dignificó la palabra pública. No usó el poder como privilegio, sino como servicio. Su figura impone respeto no por el gesto, sino por la serenidad de su juicio. Es ejemplo vivo de

cómo se puede disentir con altura, argumentar con verdad y servir sin doblez.

En lo personal, es afable, generoso, profundamente humano. Quienes tenemos el placer y honor de conocerlo lo recordamos permanentemente, no solo por lo que dice, sino por cómo lo dice; no solo por lo que escribió, sino por cómo vivió. Su pensamiento tiene raíces venezolanas, maracuchas, pero resonancia universal. Su vida es testimonio, no pose.

Rodríguez Iturbe es, en sí mismo, una forma de esperanza encarnada.

6. Una alternativa: la esperanza paciente y militante

Ante la crisis actual, su respuesta no es el repliegue ni el escándalo, sino la reconstrucción. Propone una cultura alternativa, arraigada en la razón moral, en la trascendencia, en la comunidad y en la verdad. Una cultura que no tema al alma, ni se avergüence de la fe, ni renuncie a la dignidad.

Esa cultura no se impone: se cultiva. No se grita: se encarna. No se improvisa: se construye con tiempo, con convicción, con alegría. Rodríguez Iturbe lo sabe, y por eso insiste en una tarea que es, a la vez, intelectual, espiritual, educativa y política. Es la tarea de volver a habitar el mundo con sentido.

En sus textos y en su vida, hay una misma afirmación: "lo humano merece ser salvado". Esa convicción lo convierte en guía y en referencia.

La vida y la obra de José Benjamín Rodríguez Iturbe nos dejan una enseñanza que va más allá de las ideas: nos dejan una forma de habitar la verdad, de ejercer la libertad, de practicar la política como vocación.

Es testigo de que se puede enseñar con dignidad, debatir con nobleza y pensar con profundidad. Es testimonio de que la fe no es evasión, sino raíz. De que el pensamiento no es adorno, sino orientación. De que la esperanza no es consuelo, sino compromiso.

Su legado no se encierra en una biblioteca. Se despliega en la conciencia de quienes lo han leído, escuchado, seguido y querido. Es brújula para quienes creen que Venezuela –y el mundo– deben reconstruirse desde la dignidad de la persona, la justicia, la verdad del bien común y la belleza de la comunidad humana reconciliada.

Cuando Venezuela se mire en el espejo de su reconstrucción, el rostro sereno y firme de José Benjamín Rodríguez Iturbe seguirá allí: recordándonos que toda verdadera política comienza en el alma. ☉

HOMENAJE >> JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

La Independencia fue la afirmación de Hispanoamérica

En sesión solemne de la Asamblea Legislativa del estado Zulia, realizada el 23 de julio de 1973, con la presencia de los presidentes de Colombia y Venezuela, Misael Pastrana Borrero y Rafael Caldera, José Rodríguez Iturbe, entonces de 32 años de edad, leyó un extraordinario discurso como parte de la celebración del sesquicentenario de la batalla naval del lago de Maracaibo. Lo que sigue son fragmentos. El texto completo, localizado en los archivos del expresidente Rafael Caldera, está disponible en la sección Papel Literario, en www.el-nacional.com, y el audio en el canal de You Tube, Rafael Caldera Oficial



ACCIÓN DEL CASTILLO DE MARACAIBO (1840) – JOSÉ MARÍA ESPINOSA / WIKIPEDIA

JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE

La batalla naval del lago contraselló la Independencia de Venezuela

Aquí en el lago, donde se halló el origen del nombre de la madre de la emancipación; aquí, con Padilla, vio la Armada lo que vio con Brión en Angostura: vio al pueblo, al pueblo escuchándose su historia. Porque la Independencia no fue en forma primaria la negación de España. La Independencia fue la afirmación de América, de Hispanoamérica, de “nuestra América” como decía Martí, de la América mestiza “que aún reza Jesucristo y aún habla en español”, para expresarlo con palabras de Darío.

La Independencia no tuvo un signo negativo, fue básicamente afirmación. No fue una guerra por la guerra misma, fue un hecho militar, es cierto, pero en función de idea. No fue solo destrucción, fue intento constructivo. Me atrevería a decir que fue en ella mucho más importante lo que contuvo de proyecto, en el sentido que da a este término Mijares, que lo que tuvo de contexto bélico.

Es resaltante que haya sido aquí, en el Coquivacoa y frente a Maracaibo, la batalla naval, porque Venezuela contrasellaba su Independencia. La Gran Colombia ya no tenía peligro, y la atención y el esfuerzo que Bolívar y el Perú necesitaban, que el ser republicano de la América urgía, podía darse como se dan las patrias, como se dio la nuestra en la emancipación, sin tasa y sin medida. La solidaridad dimensión de la gesta del pueblo, constructor en su unidad, con mil voces y brazos y voluntades diferentes, de la obsesión sublime que encarnó el Libertador, vino al lago a encontrar su ablución más legítima.

Si en el Coquivacoa estuvo el origen, aquí, en el lago madre, encontró la nación cuna del canto, el broche más hermoso de su túnica. Fue el Zulia, fue Venezuela, fue Colombia La Grande, fue la América toda, la que tejió la estrella que faltaba sobre el azul de la bandera, que entonces fue de seda, porque era azul del lago, y dio un tono más bermejo, como de acacia roja, al último listón, porque fue sangre heroica de una y otra parte la que tiñó el emblema, y el amarillo se hizo así, no solo simbólico color de la riqueza, sino signo del sol, en esta tierra por el sol amado.

La batalla naval de Maracaibo distó

mucho de ser un encuentro sin importancia, con mitificación posterior. De su magnitud no cabe la menor duda, tanto en el encuentro del 24, como en las escaramuzas que lo precedieron los días 22 y 23, ambas partes buscaron el choque con la conciencia de que se trataba de un combate definitivo.

No cabe en mi modesta opinión la menor duda, sin negar el valor, el arrojo y el espíritu patriótico de nadie, que la aplastante victoria obtenida el 24 de julio de 1823 en la batalla naval de Maracaibo se debe fundamentalmente a la Marina de Guerra. Cuando Laborde, en su relación consideraba definitivamente perdida la antigua provincia de Venezuela a los fines de España por consecuencia de una derrota naval, no se equivocaba.

Conocer y valorar el pasado para saber quiénes somos y construir el porvenir

A 150 años de la batalla naval de Maracaibo no podemos limitarnos a decir con nostalgia empalagosa que en el ayer la epopeya fue grande. Tenemos que sacar de las páginas ya escritas del trayecto del pueblo el impulso para escribir la que nos toca, sin falsos optimismos, sin pesimismo estériles, con los pies en la tierra, pero con la mente en vuelo.

Conocer y valorar el pasado, cómo no, pero no como quien contempla pasivamente la belleza de los crepúsculos, sino como quien quiere suponer cómo será la irradiación el brillo revivido de las nuevas auroras.

Quienes pretenden tomar la verdad histórica a beneficio de inventario, quienes absolutizan el método partiendo de ciertos *a priori* de tipo materialista, no podrán nunca captar y transmitir la patria en toda su grandeza. Estudian un cuerpo sin alma y el pasado que llega hasta el presente y se proyecta en nosotros, si bien no es un espíritu puro, tampoco es un cadáver yerto. Para extraer de la historia su lección perenne hay que conocer la patria en su totalidad de cuerpo y alma, formando una unidad operante en el tiempo. Y son sobre todo las constantes anímicas las que otorgan a las multitudes la fuerza transformante de la conciencia de su ser de pueblo.

Para evitar sus falsificaciones es necesario conocer el pasado, y para soñar y construir futuro es necesario valorarlo adecuadamente. Por eso pudo escribir ese zuliano sustantivo, maracaibero universal que se llamó Ra-

fael María Baralt, en impoluta prosa, sentenciosa y fresca, “De aquí, la necesidad de contar con lo pasado para las reformas de lo presente. Porque en política como en religión, en religión como en costumbres, en costumbres como en artes y literatura, la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natural fisonomía, renuncia a su carácter, se priva de una sólida garantía de independencia, y dificulta todo progreso fecundo y estable en la carrera de su civilización y vida nacional”.

La vocación continental de Venezuela

La lección de la historia en esta conmemoración solemne de la batalla naval de Maracaibo se explicita básicamente en el hacer patente la vocación continental de Venezuela y la bondad necesaria de la grandeza en el liderazgo.

Esta nación que desde el 19 de abril de 1810 y, desde antes, no se encerró en su mismidad, sino que sintió como su causa la causa del continente entero, fue grande en la medida en que vivió con razón y emoción su vocación continental. Ya en los proyectos de Miranda a Pitt en 1790 no se hablaba solo de Venezuela sino de toda Hispanoamérica y la misma visión o profecía está en el pensamiento de Roscio y constantemente agigantada en la teoría y en la praxis histórico-política del Libertador. Tal es el norte apuntado en los documentos de la Junta de 1810, en los documentos del Primer Congreso del año 11, en el Congreso de Angostura el 19 y en el Congreso de Cúcuta el 21.

En cambio, nuestras tragedias republicanas están enmarcadas en un volver la espalda a la vocación continental. Así introvertidos en una existencia de ribetes fantasmagóricos conocimos el logrerismo, el fratricidio y la mezquindad como colorantes purgativos de nuestros descaminos. La historia de acibar que escribieron las generaciones de la tragedia también tiene su lección. La enseñanza de lo que debemos evitar, la experiencia de que si exclusivamente se vive hacia adentro la claridad en la ruta será solo boceada por relámpagos aislados ahogados por las brumas de la mediocridad envanecida o por el orgullo y la necesidad que según un viejo refrán crecen en el mismo árbol. Lo que no hagamos con y por nuestra América tendrá siempre la dimensión de lo accesorio.

La nueva independencia está en la ruta de la integración. El Pacto Andino no es un hecho aislado. Porque la integración del continente no está concebida solamente como integración económica sino también como integración social y cultural, para que algún día sea factible el desiderátum de la integración política.

Los Convenios Andrés Bello e Hipólito Unánue y la Corporación Andina de Fomento ya han sido aprobados en el Congreso de Venezuela; actualmente está en vías de aprobación en sede parlamentaria el Consenso de Lima. Si la ruta de la historia nos lleva a la integración, queremos los parlamentarios venezolanos acelerar ese proceso y esperamos, señor presidente Pastrana, que los mismos sentimientos de fraternidad y solidaridad continental se vean evidenciados en los actos legislativos del Congreso de Colombia.

Cuando Venezuela o Colombia, por culpa de sus hijos, han carecido de dimensión continental, se han asemejado tristemente a aquel ruiñeño de Cyrano de Bergerac, que desde lo alto del ramaje miraba al agua y creía que había caído al río. Estaban en la copa de un árbol y tenían miedo de ahogarse.

La segunda gran lección de la historia es la bondad necesaria de la grandeza en el liderazgo

La nueva independencia que nuestra generación tiene que labrar no admite mentalidades lacayas, ni que se difumine la especie de que para llegar al bienestar es necesario rechazar nuestro bien ser. Solo del vigor interior, de una sólida textura moral, de la afirmación de su propia ontología de la existencia histórica, sacará Venezuela el aliento para superar el asedio constante de aquellos que Mario Briceño fustigaba como poseedores de conciencias bilingües.

La grandeza en el liderazgo no va a surgir del halago demagógico. Si por miopía redujéramos la visión necesariamente crítica de todo recurso histórico-político en forma primaria al mantenimiento de artificiales comodidades o a la conservación de una pantalla de un *nuevorriquismo* escandaloso. O si pretendiéramos concluir tal crítica en un desaguadero de utopías inalcanzables o viciadas en su raíz de inmanentismo, estaríamos cercenando en los nuevos ciudadanos la capacidad de generosidad, de sacrificio, de

lucha, de trabajo por la propia grandeza del país.

Sea pues propicio este sesquicentenario de la batalla naval de Maracaibo para una toma de conciencia de la responsabilidad que nos compete a todos en la actual coyuntura. Estamos en un año electoral y la política no es ni angélica ni demoníaca, es simplemente humana. Ella puede ser reflejo, depende del encauce o desencauce de las pasiones, de la humana grandeza o de la humana miseria. No permitamos que la democrática contienda se desvíe hacia lo subalterno, que se proclame contra toda lógica la primacía de lo accesorio sobre lo principal.

Lo que el pueblo espera ver brotar en sus dirigentes no es la negación de sus opuestos, sino el testimonio de su amor por la nación de todos. La ininterrumpible pedagogía democrática y republicana exige que la lucha política en búsqueda de la confianza popular sea una justa, hermosa por su seriedad, respetable por su altura, aleccionadora por su contenido.

Si es cierto que el pluralismo democrático ofrece formas diferentes de querer la patria, la política no es, ni puede ser la pérdida inoculación del mal de rabia para enfrentar a muerte ciudadanos contra ciudadanos. La campaña electoral debiera ser un torneo gallardo de amadores empeñados en demostrar a cuál mejor su dolor, su amor y su pasión sin fin por Venezuela. Si así fuera, la forma de querer de uno no sería agravio a la forma de querer de otro, siempre que la novia de todos, en esta tierra digna y mestiza por blasón y origen, se siguiera llamando libertad.

La democracia venezolana es obra del pueblo

Si hoy Venezuela es un país democrático, ello se debe a que nuestro sistema está cimentado en el sacrificio de muchas generaciones. La democracia en Venezuela –como bien dijera el presidente Caldera, en su mensaje presentado al Congreso el 11 de marzo de 1971– no es invento artificial ni obra de oligarquías. Es obra del pueblo, nutrida con la fe del pueblo, con el sufrimiento del pueblo, con la sangre del pueblo. Por eso el pueblo, a pesar de sus pesares y sus quejas, está siempre dispuesto a defenderla y a mirar como a sus peores enemigos, a quienes pretenden arrancársela, así sea prometiéndoles satisfacciones materiales.

La conciencia de esta verdad debe impedir que un logrerismo de mala sana estirpe sea el que dé la pauta y fije el tono, haciendo del disenter, de suyo constructivo si es sereno y honesto, un factor corrosivo, disolvente de la institucionalidad. En la respuesta a tal reto, los partidos y los líderes tienen una responsabilidad intransferible. Si se aspira a encarnar, adecuada al momento, la grandeza en el liderazgo, la radicalidad ética de la acción política no puede ser sustituida por las razones del utilitarismo. En política la confianza popular tiene que ganarse día a día, y no por las trochas del oportunismo ni de la virulencia, sino por el camino real de la constancia y de la lealtad. Que no permitan, ni los partidos ni los líderes que camarillas de ambiciosos los rodeen y los conduzcan.

El rescate de la esperanza del pueblo por parte de las organizaciones políticas tiene que comenzar por un audaz y franco inventario de sus auténticos recursos humanos, y la coyuntura electoral es propicia para esquinar como incómodo bagazo a todo rescoldo de cinismo que dentro de ellas pudiese haberse aposentado.

Yo sé que Venezuela saldrá fortalecida de esta crisis de adolescencia de su democracia, con su recia personalidad más definida, con una afirmación más honda de la eticidad, con una más clara conciencia de patria, con una actualizada vocación continental recalada a su libertad política, impulsada a la igualdad social, con nuevas perspectivas de futuro, sin odio, sin rencores, con gesto afirmativo más que negativo. Pero para ello, los demócratas, si lo son realmente, tienen que conservar el sentido de su propia dignidad. Si no se respetan a sí mismos, no pueden reclamar que el pueblo los respete y los siga. ☉

ENTREVISTA >> A JOSÉ RODRÍGUEZ ITURBE (1940)

“La política no es angelical ni demoníaca: puede servir al bien común o a la lujuria del poder”

“Dentro del hombre gentil y risueño, de habla pausada y precisa, se encuentra alguien que defiende con vigor y pasión argumental sus creencias: la militancia incondicional por la democracia, su credo político socialcristiano, el rechazo a todo tipo de autoritarismo, su vocación por el diálogo y el pensamiento libre, y una entusiasta fe religiosa”

TULIO HERNÁNDEZ

A sus 64 años, para librarse de una amenaza de cárcel que el régimen presidido por Hugo Chávez orquestaba en su contra, José Rodríguez Iturbe tuvo que salir al exilio. Aterrizó en Colombia trayendo consigo una muy larga experiencia como dirigente político de la democracia cristiana: seis períodos sucesivos como parlamentario en el desaparecido Congreso de la República de Venezuela, de cuya Cámara de Diputados fue presidente; una amplia experiencia académica que incluye sus estudios de Derecho en la Universidad del Zulia (LUZ) y en la Universidad Central de Venezuela (UCV), sus doctorados en Filosofía del Derecho y en Derecho Canónico en la Universidad de Navarra, España; más largos años de ejercicio de la docencia y la investigación en la misma UCV y en la Universidad Monteávila (UMA), en Caracas.

Actualmente vive en Bogotá. Es profesor e investigador de la Universidad de La Sabana, donde ha desarrollado su trabajo docente sobre Historia de las Ideas y del Pensamiento Político junto a una prolífica autoría de libros, entre los que figuran tres sobre importantes temas venezolanos: *Bolívar y la gestación de la patria criolla*. *Elipsis de una contradicción* (2023), *Venezuela: la persecución de la sombra*. *De la Cosiata al octubreismo* (2024) y *Venezuela: del octubreismo a Puntofijo*. *La década militar* (2025).

Rodríguez Iturbe –Pepe, como prefieren que lo llamen sus amigos– es una figura destacada y apreciada en “la U”. Mientras andamos a paso breve por los amplios pasillos y jardines de su campus, nuestra conversación se ve numerosas veces interrumpida por alumnos, administrativos y colegas que sonríen y se acercan a saludarlo. Han pasado veinte años desde que comenzó su exilio. Desde entonces no visita Venezuela. Pronto cumplirá 85.

Dentro del hombre gentil y risueño, de habla pausada y precisa, se encuentra alguien que defiende con vigor y pasión argumental sus creencias: la militancia incondicional por la democracia, su credo político socialcristiano, el rechazo a todo tipo de autoritarismo, su vocación por el diálogo y el pensamiento libre, y una entusiasta fe religiosa. Del exilio, me confiesa, solo no desearía morir sin volver a Venezuela. Le digo que confío en que no será así. Amén, responde. Entonces comenzamos la entrevista.

¿Tienes que irte ya?

¿Por qué tuvo que salir huyendo de Venezuela?

Como es sabido, el 11 de abril de 2002 Chávez cayó. No fue un golpe de Estado, a Chávez lo bajó el Ejército. Después de las operaciones Tiburón 1 y Tiburón 2, más los muchos muertos de aquel día, y la manifestación descomunal que hubo en Caracas, se constituye el gobierno provisional que presidió Pedro Carmona y que duró solo un día. Yo figuré en el elenco de gobierno que Carmona anunció como potencial ministro de Relaciones Exteriores. Ese gabinete no llegó a juramentarse. Los militares sacaron a Chávez y, de alguna manera, los militares causaron también el fracaso

de aquella transición. Es un debate interminable sobre sus causas, pero en resumen fue un desastre. Y en última instancia aquello se hundió.

Luego estuve unos días fuera del país. Volví sin ningún problema. En su retorno, Chávez pregonaba humildad y perdón, fue una especie de período de tolerancia que le duró muy poco. En cuanto le pasó la onda de paz y amor con todos, comenzó la resaca represiva. Entonces, se abrió una causa por rebelión civil contra quienes habían formado parte, y quienes no también, pero que éramos antichavistas. El acusador fue Danilo Anderson, fiscal estrella de la revolución.

Tuve como abogado defensor principal a Alberto Arteaga, el defensor de Carlos Andrés Pérez, uno de los valerosos juristas que defendió a muchos de los perseguidos políticos. En el acto de imputación, fue la única vez en mi vida que vi a Danilo Anderson. Por su aspecto quedé con la impresión de que era un gánster: nos recibió en su oficina, sin saco, exhibiendo una pistola nueve milímetros y tres cacerinas de balas en la cintura. Impresionante. Me informó que la acusación era por rebelión civil y que pedían de doce a veinticuatro años de prisión. Nada personal, agregó.

Cuando el doctor Arteaga leyó el expediente me dijo: “Allí no hay nada, pero este no es un juicio jurídico, es un juicio político. Ten lista tu opción B. Por la sencilla razón de que para una pena de más de diez años no puede haber juicio en libertad”. Días después me encontré con una primera página de periódico donde se leía a grandes titulares “Asesinado el fiscal Anderson”. Estos desgraciados van a decir que fuimos nosotros, pensé. No lo dijeron, porque era muy patente que la culpa apuntaba hacia el alto gobierno. Pero enseguida un grupo de amigos muy cercanos me convenció de que tenía que irme del país. Y así lo hice.

¿Cómo fue aquel escape?

Estaba claro que no debía salir por un aeropuerto. Podría ser detenido. Había que hacerlo por tierra. Nos decidimos por Cúcuta. Allí se podía pasar solo con la cédula. Cruzamos tranquilamente por el Puente Internacional Simón Bolívar, pero al llegar al aeropuerto de Cúcuta me impidieron embarcar porque tenía la cédula vencida. Yo no había querido sacarme una cédula que dijera República Bolivariana de Venezuela.

Mostré el pasaporte, que estaba vigente. Pero tuve que volver a entrar a Venezuela y sellar salida en San Antonio del Táchira. Allí pasé una gran tensión: mientras a todo el mundo le sellaban de inmediato sus pasaportes, el funcionario de migración se fue con el mío en la mano y no apareció hasta media hora más tarde. Mientras tanto, le había pedido a quien me acompañaba que si me veía salir con la Guardia Nacional avisara que me habían detenido. Al final, sellaron y entregaron el pasaporte. No supe qué pasó adentro. Entonces batí el récord de velocidad de San Antonio al aeropuerto de Cúcuta. Terminé llegando a Bogotá a las 11 de la noche del día 14 de diciembre del 2004. Lo sé con exactitud porque tres días después, el 17 de diciembre,



JOSÉ BENJAMÍN RODRÍGUEZ ITURBE / CORTESÍA

día de la muerte del Libertador, un juez revolucionario firmó mi prohibición de salida del país. Pero yo ya estaba acá en Colombia. *Just in time*. Salí justo al límite. Y aquí estoy: han pasado veinte años.

El triángulo religión, activismo político, vida académica

Releyendo su biografía, y a partir de las conversaciones que solemos mantener, concluyo que su vida ha sido una triangulación entre el activismo político, la actividad académica y su fe católica. ¿Cómo confluyen entre sí las tres pasiones?

La fe siempre ha estado en la base de mi vida propiamente política y de la vida académica. Pero sin confusiones. La fe religiosa es un don gratuito. Es prepolítica y suprapolítica. Nos acompaña toda la vida. Para un creyente, la fe no implica una política confesional. Porque no se puede ideologizar la creencia, ni dogmatizar la política. Ni mezclar a la Iglesia en banderías temporales. La fe supone lo universal y absoluto. La política está marcada por lo relativo a circunstancias de espacio y tiempo. Cuando se mezcla la religión con la política se relativiza lo absoluto y se absolutiza lo relativo. Todo cristiano formado sabe que en el campo de lo temporal cabe una pluralidad de opciones, con dos claros límites: la fe en Jesucristo y la moral de la Iglesia.

Gracias a Dios, nací en una familia creyente y recibí, en su seno y en la escuela de mi infancia, una formación católica. Siempre he tenido claro que esa formación me hace ver la política como un servicio en pro del bien común. La democracia cristiana (DC), en cuya militancia he estado prácticamente toda mi vida, no es un confesionalismo político. En ella caben gentes de todas las creencias o sin creencias. De hecho, el nombre histórico de los partidos DC es el de *Partidos Populares* (Partito Popolare Italiano, Volkspartei Österreich, Mouvement Républicain Populaire). Hoy, el nombre del grupo parlamentario en el Parlamento Europeo es PPE, Partido Popular Europeo.

Desde muy joven tomó los dos caminos, el de la democracia cristiana, en el partido Social Cristiano Copei, y el de la práctica religiosa como miembro del Opus Dei.

Mi padre, que era ingeniero, formó parte en 1936 de los fundadores de

la Unión Nacional de Estudiantes, y luego, en 1946, de Copei. Yo entro a la política en mi época de estudiante en la Universidad del Zulia, en la Juventud Revolucionaria Copeyana (JRC), perteneciendo a la generación de 1958. Me gradúo en la UCV en 1962. Paso cuatro años en Europa (España, Italia). En ese tiempo estuve participando en eventos internacionales de jóvenes políticos que me marcarían la vida. Al final opté por dedicarme a los asuntos internacionales. En 1969 entré como diputado a la Cámara Baja del Congreso de la República y desde ese momento formé parte de la Comisión de Asuntos Exteriores.

¿Y el Opus Dei?

Conocí el Opus Dei (la Obra de Dios) iniciando mi segundo año de Derecho y pedí mi admisión en la Obra en 1960. Todo cristiano, por el bautismo, está incorporado al Cuerpo Místico de Cristo y está llamado a la santidad. Dentro de ese llamado, Dios convoca a algunos a apartarse del mundo: esos son los religiosos. Los fieles del Opus Dei no son religiosos. La vocación al Opus Dei no supone apartarse del mundo. Por el contrario, esta vocación supone la santificación de la vida ordinaria: de las obligaciones del propio Estado y del trabajo profesional. La Obra no saca a nadie de su sitio. Da formación para que cada quien se santifique donde está y haciendo lo que hace.

Yo ya era político y tenía ilusión por la vida académica cuando conocí el Opus Dei. Entonces descubrí un horizonte que Dios me presentaba, y respondí afirmativamente. Así como la fe es un don gratuito, la vocación también lo es. Pero el Opus Dei no es responsable de la vida profesional de sus fieles. De sus aciertos y sus desaciertos es responsable cada quien. En sesenta y cinco años nadie me ha dicho en el Opus Dei cómo debo pensar o qué debo hacer en política. En mi vida pública he tenido logros y desatinos. Tanto los éxitos como los fracasos son míos, no del Opus Dei. Para entender el Opus Dei hay que saber que la Obra es familia. Y en toda familia la variedad humana es muy grande.

La Obra es un gran canto a la libertad. Tuve la dicha de conocer a San Josemaría Escrivá, el fundador del Opus Dei, y a sus dos inmediatos sucesores, el beato Álvaro del Portillo y Javier Echevarría. Espero, por la gracia y misericordia de Dios, terminar

mi vida como fiel de la prelatura.

¿Y entre religión y vida académica?

La formación religiosa por supuesto que condiciona todos los distintos aspectos de la vida. Es decir, la fe es para vivirla. No es *part time*, ni tampoco sectorialmente cristiana, sino que es algo que da una dimensión total. Esto no colide con la visión racional. Desde San Agustín está planteada –y eso me tocó enseñarlo ahora también en mi clase de Historia de las Ideas– la unión entre la fe y la razón.

El *intellige ut credas, crede ut intelligas* (“comprende para que puedas creer; cree para que puedas entender”) de San Agustín, que lo cita san Juan Pablo II en la *Fides et Ratio*, su última encíclica, lo que indica es que no son contrapuestas la fe y la razón, sino que son niveles distintos de luz. Uno, es la luz natural de la razón; otro, es la luz de la fe, que solo lo da la creencia. Y por último, la luz de la gloria, que solo se da cuando *in patria* –es decir, más allá del tiempo–, veamos por la misericordia de Dios, la maravilla de Dios mismo.

El parlamento: una escuela de tolerancia

Hablemos brevemente de lo que significó para usted vivir a fondo seis períodos del Congreso venezolano que cubren la casi totalidad de la era democrática, que llega a su fin con Hugo Chávez.

El parlamento fue para mí una gran escuela de tolerancia en la cual, más allá de los linderos de la familia política, la convivencia con gente de pensamiento y trayectoria diferentes abría también la posibilidad, no solo de una convivencia armónica, sino de auténtica amistad, que en muchos casos perduró durante largas décadas.

Un primer aporte de la convivencia parlamentaria era la discusión racional de las ideas. Claro que surgían contraposiciones duras de planteamientos políticos, sin embargo, encontrábamos no solo respeto en lo personal, sino, además, aprecio por las virtudes del adversario. No del enemigo, porque al enemigo se procura destruir, en cambio, al adversario se procura derrotar. El mundo parlamentario de la democracia que conocimos, era un mundo de adversarios más que de enemigos. Eso comenzó a perderse de inmediato, apenas se instaló el chavismo.

“La política no es angelical ni demoníaca: puede servir al bien común o a la lujuria del poder”

(Viene de la página 9)

Ciertamente, los que vinieron después, los hijos del golpe del 4 de febrero de 1992, no lo entendieron porque nunca tuvieron mentalidad democrática. Y en el nuevo parlamento, el de la Constituyente de 1999 y la posterior Asamblea Nacional, yo ya no estaba, pero sabemos que reinaba la intolerancia absoluta. La eliminación del parlamento bicameral, con representación de los estados, es decir, el unicameralismo chavista, fue el fin de la presencia de las regiones, el final del auténtico desarrollo de la provincia venezolana y, también, de una dinámica democrática que tenía ya casi medio siglo.

Pero ese Congreso plural del que usted habla comenzó a perder prestigio y respetabilidad. ¿Cuándo empezó el declive? ¿Usted lo percibió desde adentro? ¿Qué hizo?

Muchos lo percibimos. En varios de mis discursos como presidente de la Cámara de Diputados, en especial tres de inicios de sesiones, expresé claramente mi angustia en torno a la necesidad de la reforma del sistema político venezolano. Porque si no lo hacíamos de manera normal, la reforma vendría por vías patológicas. Luego, más que la deseada reforma, lo que vino fue el aniquilamiento de la democracia por todas las prácticas violentas y sectarias posteriores al 4 de febrero. Esos discursos están escritos y publicados. No llegué a decir, como Tocqueville en Francia, “estamos durmiendo sobre un volcán”. Pero sí anunciaba que efectivamente se notaban signos, más que de una anemia, de una grave fragilidad del sistema político. Gustavo Tarre publicó un texto sobre el 4 de febrero titulado “El espejo roto”. El título fue acertado.

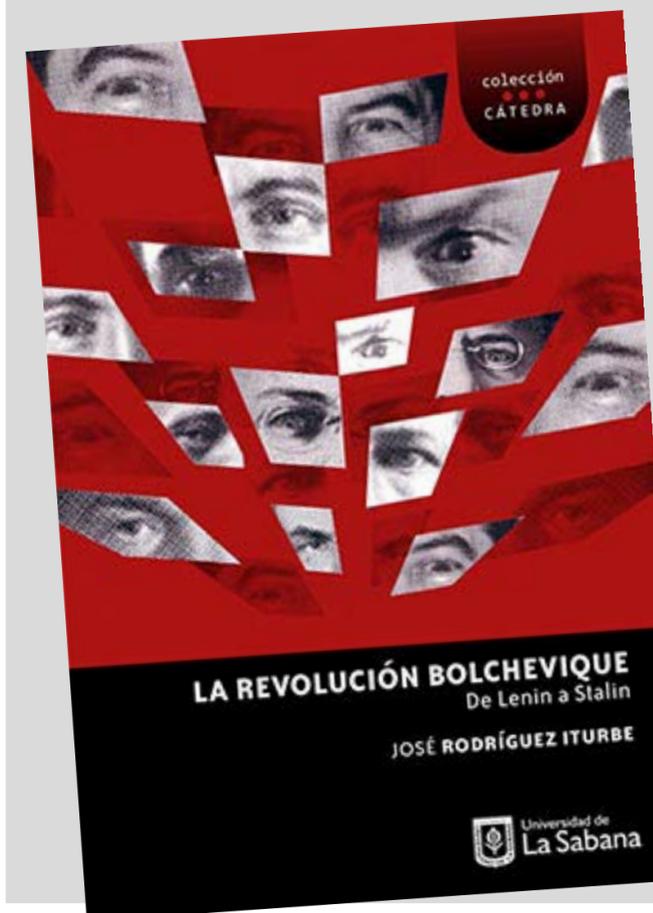
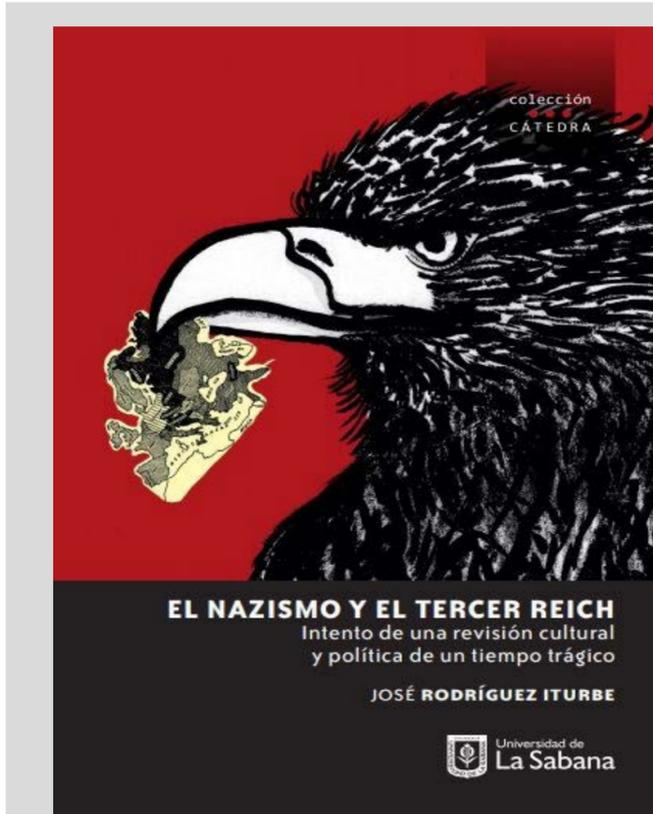
Nos veíamos reflejados en una democracia estable, permanente, sólida. Y el 4 de febrero nos puso de relieve que eso no era así. Esto se sentía de una manera singular en la vida cotidiana, porque previamente había ocurrido el Caracazo, hay que recordarlo. Y el Caracazo fue también una manifestación, en la capital, de erupción de la anomia.

Había una bonanza, yo diría, un aburguesamiento en amplios sectores de la vida nacional. Recuerdo una cancioncita, después del llamado Viernes Negro, que me indignaba que decía “¡Qué tristes domingos sin Miami Beach!”. Eso indicaba que había gente que se daba el lujo habitual del *weekend* mayamero, en un país de grandes desniveles sociales. Fue la era del “tabarato, dame dos”, de la autocomplacencia en un bienestar ilusorio en un país de contrastes extremos. Esa realidad también afectó al mundo político. Y aunque hubo voces que hacían una legítima crítica, no se llegó a ofrecer un programa de cambio radical inmediato, que hubiera tenido, quizás, mucha audiencia y hubiera dado la respuesta necesaria a la crisis de entonces.

Los muchos libros de un autor. Ha publicado en estos años una gran cantidad de libros. Lo que podríamos llamar el ciclo de los totalitarismos del siglo XX, que son tres: *La Revolución bolchevique: de Lenin a Stalin* (2018); *El nazismo y el Tercer Reich: intento de una revisión cultural y política de un tiempo trágico* (2019); y *El fascismo italiano: Mussolini y su tiempo* (2019). ¿Por qué la insistencia en el autoritarismo europeo como tema de estudio?

Bueno, es obvio que alguien que ha vivido el chavismo se ocupe del autoritarismo, no importa donde ocurra. En mi caso, estos tres libros nacen de cursos que impartí acá en la Universidad de La Sabana. Coincidió con el hecho de que en 2017 fue el centenario de la Revolución bolchevique, un acontecimiento que, sin ser uno marxista, se tiene que reconocer que fue históricamente muy importante. Decidí hacer un primer curso.

De ahí salió el libro *La Revolución bolchevique*. Y como venían después



los centenarios siguientes –el año 2022 fue el del fascismo, y el año 2033 será el del nazismo–, seguí dando los cursos en semestres consecutivos, luego de la Revolución bolchevique, el fascismo italiano y, por último, el nazismo alemán.

De las lecturas de esos libros, ¿puede uno concluir que los tres totalitarismos tienen en común la fuerza del mito?

Así es. Los tres tienen una fundamentación mítica. El bolchevique, es el mito de la clase social. Es decir, el proletariado, la misión histórica mundial del proletariado como clase revolucionaria, la lucha de clases.

El nazismo, la lucha de razas. Pero en el caso del nazismo es una mitología germánica, no solo precristiana, sino anticristiana. Hay estudios brillantes que explican cómo el fascismo germano se asume como la raza de los dioses, por lo tanto, tienden a considerar la visión del judío como el negador de toda la germanidad como tal. Esto tiene una explicación, incluso teológica, más profunda. Si el pueblo israelí es el pueblo de la alianza, el pueblo elegido por Dios, y la germanidad nazi se autoconsideraba el pueblo de los dioses, no solo había que derrotarlo, sino que había que eliminarlo, porque el pueblo de Dios somos “nosotros”, decían los nacionalsocialistas.

Y el de Mussolini, es el regreso al mito de la Roma Eterna, además como una misión imperial. Tener también su imperio, como lo tenían los ingleses y los franceses. Etiopía, Eritrea, Somalia, parte de lo que hoy es Libia, más la Italia irredenta, formaba parte del diseño onírico fascista.

En todo totalitarismo hay en el fondo una negación antihumana. Es un fin en sí mismo. No busca nada fuera de su propia órbita. ¿Qué hacen los totalitarios? En su clave, ellos dicen “nosotros tenemos la llave de la historia”. Porque los tres mitos lo que hacen es sustituir la creencia religiosa por la creencia política. Y así como alguien puede decir “fuera del cristianismo no hay salvación” o “la salvación está aquí”, ellos dirán “fuera del partido no hay salvación, fuera del Estado no hay redención”. La estatolatría que suponen los totalitarismos es tremendamente fuerte. Es un pensamiento único, porque no admite la disidencia.

Del mantuanismo caraqueño al “mantuanismo militar” Hablemos de Bolívar y la creación de la patria criolla. De partida nos interesa saber por qué lo titula *Elipse de una contradicción*.

La frase *Elipse de una contradicción* la tomo de un artículo de Enrique Krause, un intelectual mexicano de excepción, donde señala justamente que la gran contradicción bolivaria-

na, sin negarle sus grandes méritos, fue que Bolívar diseñó Estados, pero nunca fue propiamente un estadista. No fue alguien asociado a la administración efectiva del Estado, sino que fue un hombre a caballo, un guerrero más que un administrador y muchas de sus ideas fueron poco realistas.

Después de leer *El culto a Bolívar* de Germán Carrera Damas, un libro clave de fines de la década del 60 del siglo pasado, aprendimos que no hay que endiosar a los libertadores, que al final son de carne y hueso, y sus vidas son meritorias en muchos aspectos y en otros criticables. Entonces me puse a revisar con más cuidado al Libertador.

Para mí, concretamente Jamaica y Angostura constituyen los puntos de partida de dos inautenticidades históricas. En Jamaica, el antiespañolismo es inauténtico porque fue creado con la meta deliberada, por parte de Bolívar, de obtener el apoyo inglés. Que lo tuvo, los soldados de la legión británica participaron en la Independencia, pero no de manera gratuita o idealista, eran mercenarios.

Pero después viene para mí lo más grave, lo que marca la historia venezolana, que es la sustitución del mantuanismo caraqueño por, así entre comillas, el “mantuanismo militar”. El militarismo criollo nace prácticamente impuesto por el Libertador de Angostura. Junto a la propuesta de elementos británicos absolutamente exóticos. Pero el elemento fundamental, la ideología que nos marcará hasta el presente, es el pretorianismo: que quienes tienen derecho a dirigir la patria son los que tienen las armas.

En defensa de la política

“La política no es ni angelical ni demoníaca, es profundamente humana y puede vivirse con grandeza o con baja, y puede servir al bien común o a la simple lujuria del poder”, eso afirma usted en *Del octubrismo a Puntofijo*, ¿sigue sosteniendo esa afirmación?

Yo pienso que la visión ultra individualista, roussoniana, de la política, culmina en la antipolítica. Termina en la satanización, la demonización, de la política o del Estado. Se dice “el Estado es malo”. Entonces, si el Estado es malo, el servicio al Estado es perverso. Y, por lo tanto, la conclusión de ese aparente silogismo es: “la política es profundamente inmoral”. Y eso no es verdad. El fin de la política es el bien común, el servicio de lo público. Lo contrario es pensar maquiavélicamente que el fin de la política es el poder.

Por eso a mí me entusiasma María Corina Machado. Primera vez en toda nuestra historia que el liderazgo nacional lo tiene una mujer, que revive la esperanza porque defiende la idea de que la política es para servir. Además, se está jugando la vida. Creo, como muchos, que María Corina es una especie de Juana de Arco. Ella declara permanentemente que la política es para servir, que quien se mete a la política debería ser para servir al colectivo. ¡Así sí vale la pena vivir la vida pública!

Así que yo defiendiendo la condición militante. Porque eso no solo le da un sentido ético a la vida pública, sino una razón personal de por qué se lucha. Siempre habrá defectos en el comportamiento público, ninguna persona es perfecta, pero se trata de “meter la pata” lo menos posible dentro de las capacidades que Dios le ha dado a cada uno.

Sin embargo, en otro grupo de sus libros recientes, más cercanos a la filosofía política y a la historia de las ideas –*El sueño de la razón. Modernidad y posmodernidad: razones, mitos, constructos* (2024); y *El poder y sus sombras. Filosofía política en tiempos de crisis* (2025)–, usted da por descontado que en el presente la política está de capa caída y se pregunta abiertamente “cómo revitalizar la política para que vuelva a servir a las personas”.

Sí, en ambos libros hago una convocatoria a repensar lo público desde la responsabilidad, la justicia y la solidaridad. Y también a pensar en una teoría política que supere la visión radical antropocéntrica y que apueste por una nueva cultura que busque la recuperación filosófica de

la persona humana, una política con propósito, una ciudadanía activa y una comunidad capaz de recuperar la esperanza. Eso es también una tarea del pensamiento. Ya desde el pensamiento político clásico se afirmaba que la razón política debe tener como soporte la razón moral.

Valorar la democracia venezolana

En Venezuela: del octubrismo a Puntofijo usted sostiene que luego de Chávez y Maduro hay mayor equilibrio para juzgar la democracia que se inició en 1958. ¿Podríamos decir que ese período no se valoró lo suficiente hasta que llegó el trágico desastre del chavismo?

Sostengo que con la tragedia destructiva padecida desde la llegada de Chávez al poder pueden verse los procesos del pasado reciente sin miopías sectarias y que por vías de comparación con el presente, podemos tener mayor equilibrio para juzgar el tiempo político que generó el Pacto de Puntofijo. El odio que hubo después de la Revolución de Octubre fue muy intenso. Ser medinista era una especie de estigma. Y se cuestionaba fuertemente el sectarismo de Acción Democrática.

Hoy pienso que con sus luces y sus sombras, el conjunto de esos cuarenta y tantos años posteriores al 23 de enero de 1958 fue mucho más positivo que negativo, más aún comparado con lo actual. Parece que fue la época áurea de la vida venezolana. Por supuesto, como todo período histórico, tuvo sus lunares. Hubo casos de corrupción y de abuso de poder que había que corregir. Pero lo actual es el *détritus* de la historia. Para estudiar los tiempos de Chávez y Maduro hay que ponerse una máscara antigases por la fetidez que impera en ese ambiente.

Dicen que hay que ver el texto en el contexto. El período democrático será valorado por la historia como el más brillante después de 1810 hasta ahora. Fue, además, de sucesión democrática: la primera vez que un presidente civil, sin guerra civil ni golpe de Estado, sustituyó a un presidente civil libremente electo por el pueblo, cuando Raúl Leoni relevó a Rómulo Betancourt. Y la primera vez que un presidente civil de oposición llega al poder sin que haya ningún trauma, con todo y lo apretado de aquel resultado, fue cuando Rafael Caldera, de Copei, asumió la presidencia, sustituyendo a Raúl Leoni, de AD.

Hubo medio siglo de progreso en todos los órdenes. En el campo cultural, en el territorial, en el científico, en la salud y la educación, y en el político también, en la tolerancia a las ideologías diversas. Hasta que la visión destructiva de grupos de élites económicas e intelectuales, que se suponía no eran políticos pero querían el poder, comenzó a demonizar la política, y sistemáticamente esas élites fueron ayudando a demoler la democracia, no a reconstruirla. Y con su apoyo, el 4 de febrero fue la reaparición de todos los fantasmas más nefastos de la historia.

En *Del octubrismo a Puntofijo* traté de hacer un recuento histórico con el fin de valorar que durante lo que llamamos la década militar –entre 1948, cuando derrocan a Rómulo Gallegos, y 1958, cuando termina la dictadura de Marcos Pérez Jiménez– ocurre una compleja lucha en un período decisivo para pasar de posturas iniciales confrontadas entre los partidos democráticos a una confluencia unitaria que logró el derrocamiento de la dictadura. Insisto en valorar el papel de los partidos políticos y de la sociedad civil organizada en la recuperación de la dignidad democrática. La tesis es que ese proceso permitió que surgiera luego la República de Puntofijo que, no me queda duda alguna, es el medio siglo más notable de la historia republicana de Venezuela.

No es casual que los partidos políticos que construyeron la democracia –AD, Copei, URD, incluso el PCV– nacieron a cielo abierto en las universidades. Y que los movimientos que la destruyeron a partir del 4 de febrero –desde el MBR-200 hasta el PSUV– lo hicieron en la oscuridad de los cuarteles. Allí, en la universidad, está una gran reserva para salir de la pesadilla y emprender la reconstrucción de la patria. ☉

PENSAMIENTO >> LIBRO RECIENTE DE JONATAN ALZURU APONTE

Filosofar desde el mestizaje. Política sin permiso del canon

Jonatan Alzuru Aponte es doctor en Ciencias Sociales, ensayista, poeta y profesor universitario. Su más reciente libro es *Boceto para una filosofía política latinoamericana. Desde el mestizaje venezolano*

MAURICIO MANCILLA

El último libro de Jonatan Alzuru Aponte, *Boceto para una filosofía política latinoamericana. Desde el mestizaje venezolano* (Ediciones Microfilosofía, 2025), presenta una propuesta de filosofía política latinoamericana pensada como un recorrido crítico, genealógico y constructivo. Su punto de partida es el reconocimiento del mestizaje venezolano como matriz del pensamiento político, y su tesis principal plantea la necesidad de esbozar una alternativa teórica a los modelos occidentales de dominación a través de un rizoma conceptual en el que se entretujan la teología, la literatura, la economía y las redes sociales. En efecto, la metáfora del rizoma de Deleuze y Guattari atraviesa el libro no solo como recurso conceptual, sino como “una red de conexiones no jerárquica que ilumina una huella específica: la influencia de la cultura protestante en la configuración del mundo contemporáneo” (p. 9). Esto lo distingue



JONATAN ALZURU / CORTESÍA DEL AUTOR

de muchas aproximaciones filosóficas latinoamericanas que, pese a sus buenas intenciones, no logran desprenderse del orden arborescente que critican. Alzuru propone un mapa de ideas que no busca representar el todo, sino conectar: el cuerpo, la lengua, la novela, la religión popular, la red digital, el petróleo, la educación y la música, todos ellos puestos a conversar desde la experiencia concreta del mestizaje venezolano. Esta elección no es arbitraria, pues parte del supuesto de que el mestizaje no solo define una condición étnico-cultural, sino que ofrece una clave epistémica y política. Uno de los aspectos más sugestivos del libro es, sin duda, cómo “la teología protestante” sirve como “ca-

talizador” de la modernidad (p. 25), al vincular lo divino, lo económico y lo político en una misma estructura de poder, ejemplificado en símbolos como el billete de dólar: “*In God We Trust*” (p. 26). A través de una lectura de filósofos como Hobbes, Kant, Hegel, Heidegger y Nietzsche, el autor muestra cómo persiste un trasfondo religioso incluso en los proyectos laicos. El señalamiento de la raíz protestante-capitalista del poder contemporáneo, visible incluso en los gestos laicos del neoliberalismo o del marxismo ortodoxo, recuerda mucho a las intuiciones de Walter Benjamin, pero pasadas por el filtro latinoamericano. Desde ahí, el autor propone pensar otra política, no desde la secularización, sino desde una espiri-

tualidad encarnada en lo popular, lo estético y lo fraterno. La religión, en su lectura, no es un obstáculo, sino una posibilidad. Y no cualquier religión, sino aquella que se entrelaza con la comunidad, con la justicia social, con el canto y la fiesta. En otras palabras, reivindica la teología latinoamericana –con sus ramificaciones, la teología de la liberación y la teología del pueblo– como matriz ética y estética para repensar la política, alineándose con pensadores como Gustavo Gutiérrez o Leonardo Boff, pero con un lenguaje menos doctrinario y más literario (p. 35). En contraste con la filosofía eurocéntrica, Alzuru, como ya he anticipado, propone una articulación filosófica desde América Latina que rescata la novela y lo religioso como matrices fundamentales de lo político. Por un lado, plantea que “la novela” opera como rizoma de la filosofía latinoamericana, al capturar las vivencias del mestizaje, la violencia colonial y la resistencia popular. Como afirma el autor, siguiendo las enseñanzas del maestro Ernesto Sábato, la novela es capaz de captar “la pluralidad intrínseca de la condición humana”, que trasciende los limitados “confines de los sistemas filosóficos abstractos” (p. 31). Por otro lado, la “teología latinoamericana” también desempeña un papel central. A diferencia del modelo protestante, esta enfatiza la opción por los pobres y la dignidad de los excluidos, estableciendo una ética desde la marginalidad. En esta línea, el texto incorpora la “economía social de mercado” como una vía intermedia entre libertad y justicia, ilustrada con la figura de José Mujica, cuya “ética estoica” busca la dignidad sobre el lucro (p. 39). Este gesto tiene una gran potencia, porque, al apostar por lo literario y lo teológico, da cuenta de una búsqueda genuina por encontrar categorías propias que no sean meras traducciones del canon europeo.

La sección más sólida del texto, a juicio de esta reseña, es la que presenta a los pensadores venezolanos como semillas de esta filosofía. Figuras como Simón Rodríguez, José Antonio Abreu, Arnaldo Esté y Rigoberto Lanz emergen como fragmentos vivos de un pensar situado. La reivindicación de Armando Rojas Guardia (p. 46), a quien ya había dedicado un libro anteriormente, es particularmente elocuente: su poesía se presenta como una forma de pensamiento ético-emocional que tiene más fuerza filosófica que muchas tesis universitarias. Asimismo, resalta la importancia de las redes sociales como nuevos espacios de politización rizomática. Alzuru, radica hace varios años en Valdivia, sur de Chile, analiza el “estallido/revuelta social” ocurrido en este pequeño país en octubre de 2019, el cual interpreta como una ruptura con las estructuras arborescentes del poder: “Este estallido [...] invita a repensar la política contemporánea” desde “la multiplicidad de voces” (p. 44). Alzuru culmina su ensayo proponiendo un rizoma de emancipación que articula ética, estética, espiritualidad y política. Sostiene que este modelo no busca oponerse a la tradición filosófica occidental, sino integrarla desde nuestra diferencia, abriendo un horizonte para una filosofía política desde la experiencia y la “emancipación” latinoamericana (p. 66). En conclusión, *Boceto para una filosofía política latinoamericana. Desde el mestizaje venezolano* es un texto necesario, valiente y sugerente. Su apuesta por pensar desde lo narrativo y lo marginal no solo amplía el campo de lo político, sino que desafía las categorías heredadas del pensamiento moderno. Es cierto que, en su afán de conectar todo, corre el riesgo de perder foco, pero su fuerza reside precisamente en mostrar que otro pensamiento –menos lineal, menos dogmático, más encarnado– es posible. Esta obra no ofrece un sistema cerrado, sino una provocación viva, un mapa abierto que invita a filosofar desde el sur con dignidad, imaginación y compromiso. Un texto imprescindible para quienes buscan nuevos lenguajes para lo común.

Dr. en Filosofía. Exdecano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Austral de Chile

Un parto necesario: el de Jonatan Alzuru Aponte

“La práctica filosófica de Jonatan en este ensayo no consiste en dar clases de filosofía, ni en informarnos sobre teorías o explicarnos complejos conceptos filosóficos, sino en hacer con ellos un preparado alquímico, como le enseñó la vida y lo aprendió de Melquíades”

MIGUEL ÁNGEL MATA

Lo primero que tengo que decir de este texto es que puede leerse fluidamente. Escrito en un tono sugerente, persuasivo e imaginativo, subordina la erudición a la pasión propositiva, en un anhelo de sentido, comprensión y construcción.

En un momento de desgarramiento del tejido colectivo venezolano, este texto termina siendo terapéutico, pues compensa el pesimismo en el que de pronto podemos encontrarnos los millones que hemos sido abortados de nuestra patria, y los que permanecen allá, resistiendo.

La práctica filosófica de Jonatan en este ensayo no consiste en dar clases de filosofía, ni en informarnos sobre teorías o explicarnos complejos conceptos filosóficos, sino en hacer con ellos un preparado alquímico, como le enseñó la vida y lo aprendió de Melquíades. Entonces, su escritura no explica: sana. Medicina filosófica.

Al final, su objetivo es la restauración de la capacidad de imaginar, que es la función que está en la base de la acción humana. Pero para lograr dicha restauración, se aventura a realizar un ejercicio comprensivo en el que plantea la importancia de trazar los orígenes del *ethos* de la modernidad occidental en sus raíces espirituales. Indaga entonces en sus fundamentos protestantes, en la teología medieval y en los vasos comunicantes con los principales filósofos de la modernidad, que, pretendiendo superar la teología y la religión, de pronto y sin querer, fundan otra.

El diálogo que establece Jonatan con la filosofía y la teología, como base para trazar un conjunto de líneas de discusión y acción que no solo permitan comprendernos, sino también reimaginarnos –y además ponernos en marcha–, me trajo una imagen que, creo, puede ilustrar lo que es, en esencia, su posición filosófica:

Se trata de las fiestas de San Benito en Venezuela, como la incorporación de lo dionisiaco en el seno mismo del cristianismo católico. El cura del pueblo, en las puertas de la iglesia y con su anuencia –de manera indulgente, tolerante y quizás un poco a regañadientes–, observa la sensualidad de los cuerpos sudorosos danzando

con el santo católico, como para recordarle su origen africano y para apropiárselo.

El orden institucional, presente primero como orden arquitectónico (la iglesia en la plaza, en el centro del pueblo), representación de Europa; el sacerdote con todo su atavío simbólico, con el templo detrás suyo, frente a un grupo de gente seguramente alicorada, con el santo sobre sus hombros, sí, organizados en torno a la festividad, pero –a ojos vista– también trayendo un poco de caos, al aire libre, como diciéndole al cura: “Así lo hacemos nosotros, y también vale”...

Esa escena contiene la tensión que nos constituye y que, al parecer, debe permanecer siendo diálogo, no síntesis final. Somos la mirada del cura, con todas sus preguntas e inquietudes, y también somos ese pueblo en frenesí.

La propuesta del *Boceto para una filosofía política latinoamericana* es también una expresión de esto: es como esa danza frente a la catedral de Occidente. Aunque no la niega, se atreve a interpelarla y, en su interpe-

lación, la revitaliza, la revive, tal como hace la religiosidad popular con la Iglesia católica. Esta se ve obligada a revisar sus principios, a elegir un papa latinoamericano, sabe que su futuro depende de lo que pasa en esa plaza, lo que todavía no comprende bien porque le trae de vuelta los dioses que creyó haber enterrado hace tiempo, cuando erigió sus templos.

Es que, por otro lado, Occidente está aprendiendo la lección de que no hay forma de enterrar lo otro. Desaparecer la otredad supone siempre, no solo el propio empobrecimiento, sino el

peligro de no ser más.

De esta forma, el boceto quizás siempre tenga que quedarse como tal, sin excluir el anhelo de obra final. Simplemente salir a dar la batalla ya como boceto, sin importarnos que no esté listo, porque, al final... ¿qué significa estar listo?, ¿qué significa ser una obra definitiva... ser?

Salir a la calle, poblar las redes, colarse en los teléfonos móviles de cada estudiante de filosofía, de educación, de teología, de Venezuela, de Chile, de España, de México, de Colombia... es parte del trabajo del que ahora yo formo parte. Porque este escrito ya nos compromete a todos los que lo leemos.

Justamente porque es un trabajo inacabado, queda mucho por hacer, por revisar. Pues de pronto, en eso nos encontramos como sujetos: ese es el riesgo y la apuesta a la que me siento invitado por esta publicación.

Entonces, hacer una filosofía latinoamericana es leer y releer nuestras novelas: Asturias, García Márquez, Gallegos, Uslar Pietri..., vernos como relato, como un suceder.

Es estudiar y dar a conocer personajes como Pepe Mujica, no porque fue guerrillero o de izquierda, sino porque vivió dignamente. Porque es referente. Porque, sobre todo, se atrevió a dejar de serlo, para incorporar lo que es diferente a él: la economía de mercado, el capitalismo. Resistió muchas cosas, pero sobre todo el dogma.

Pensar cómo podemos llegar a articularnos, organizarnos como sociedad, convivir y funcionar digna y creativamente, supone primero –y antes que nada– estudiar en profun-

dididad la experiencia del Sistema Nacional de Orquestas. Abreu nos dejó allí las claves. No teóricamente, sino en el establecimiento de unas prácticas pedagógicas, artísticas y éticas.

De esta forma, se hace necesaria la revisión concienzuda de las diferentes propuestas educativas, desde Simón Rodríguez hasta Luis Beltrán Prieto Figueroa, pasando por la sugerente visión de Arnaldo Esté, junto con las distintas experiencias de aplicación en campo.

La educación es, de nuevo, el eje que articula la propuesta de Alzuru. No es que no exista el tiempo para solo pensar o contemplar antes de actuar; es que, en el fondo, no somos así.

Para pensar y proponer tenemos que actuar. Hacer, pensar e imaginar están inextricablemente unidos en el ser latinoamericano.

Por eso Jonatan se atreve a publicar un boceto: es un guiño a lo inacabado, a algo que se está haciendo mientras se vive.

Asumiendo lo que somos mientras lo cantamos. Registrando el caos, el dolor y la escisión desde la palabra poética, tal como nos enseña Armando Rojas Guardia. Otro personaje que deja un testimonio que sirve de referente para aprender a vivir desde la exclusión, desde los márgenes. Como migrante, como el diferente, el excluido.

Habitando el desgarramiento de ese tejido social que se rompió, quizás no por nada malo, sino para parirnos. Solo para poder salir al mundo. ☉

*Profesor del Instituto de Psicología Analítica de Venezuela.

PENSAMIENTO >> LIBRO RECIENTE DE JONATAN ALZURU APONTE

Pensar con el cuerpo: la apuesta vital de Jonatan Alzuru

"Desde la filosofía que lo formó, nos recuerda el hilo conductor que nos une a eso que llamamos Occidente, con un proyecto de democracia y convivencia"

RAFAEL HURTADO MALPICA

...No podemos improvisar el proceso de nuestra naciente cultura americana, ni, asustados de su caos, del carácter tumultuoso que toman la vida colectiva y las ideas en estas sociedades en formación, asumir ante ellas el aristocrático aislamiento de algunos estetas. Mejor es comprender. Si hay algo de dramático en la misión del escritor en estos pueblos (...) es que también estamos descubriendo, trazando, explorando; tratamos de crear un universo moral, una conciencia de perduración que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura
Mariano Picón Salas.

Un recetario para la sensibilidad latinoamericana

Celebro el nuevo libro de Jonatan Alzuru Aponte, *Bocetos para una filosofía política latinoamericana*. Desde el mestizaje venezolano, publicado este mes en línea y disponible para descarga gratuita por el nuevo sello editorial Microfilosofía.

Con la calidez de quien escribe desde el corazón, de quien cocina por años y con mucho orgullo, empeño y detalle el proyecto de una Latinoamérica posible, Alzuru apuesta desde los fogones de la experiencia venezolana –su experiencia– por invitarnos a pensar la política desde la filosofía, la teología,



JONATAN ALZURU / CORTESÍA DEL AUTOR

la literatura y la vida cotidiana. Además, estas perspectivas, arraigadas en la tradición, están poco conjugadas en América Latina. Para ello, presenta un boceto-base para un trabajo futuro bien perfilado, que culmina con una propuesta educativa para Venezuela, fundamentada en el pensamiento de autores venezolanos como Simón Rodríguez, Luis Beltrán Prieto Figueroa, Armando Rojas Guardia, Arnaldo Esté, José Antonio Abreu, Enzo Del Búfalo y Rigoberto Lanz. Lo hace desde los planos que lo conforman y desde el horizonte tradicional que lo preceden.

Desde la filosofía que lo formó, nos recuerda el hilo conductor que nos une a eso que llamamos Occidente, con un proyecto de democracia y convivencia que viene desde la Grecia antigua y llega necesariamente transfigurado hasta nosotros, donde lo religioso también encuentra cabida como cultura, trasfondo y situación. Una ambigüedad fundante que cabe recibir, conjugar, pertenecer y prolongar de la mano del diálogo con sus interlocutores más válidos, san Agustín y santo Tomás, pero también habitar desde las vivencias de la carne, el cuerpo y el espíritu de sacerdocios como el de Pedro Legaria, Ignacio de Loyola, Rojas Guardia y hasta del mismísimo papa Francisco. Autores, poéticas, congregaciones

y vivencias que han aportado y tienen mucho que contribuir a la densidad del recetario latinoamericano.

Crisol consciente de los fuegos y materiales que conjuga, Alzuru nos trae a la mesa unos autores-ingredientes indispensables para la conformación de un pensar legítimo y actual para los tiempos latinoamericanos que corren: Sábato, Pedro Henríquez Ureña, Anthony de Mello, Dussel, entre otros, junto con Hegel, Heidegger, Nietzsche y la caja de resonancia que convoca la filosofía contemporánea. No se me ocurre sino comparar este empeño con la elaboración de una hallaca, ese platillo venezolano que, siendo sencillo y complejo, colectivo y singular, común en diciembre, es difícil de hallar en su versión única y sublime. Con el olor del optimismo –a pesar de los pesares, del exilio y el desgarrar–, de quien sabe que está cocinando algo muy sabroso –eso que también le brindaron sus abuelas, sus maestros, la Venezuela pródiga donde creció–, el libro es, antes que nada, un texto sumamente parecido a su autor, que muestra generosamente sus tesoros y al unísono nos invita a interrogarnos por el ejercicio y la vivencia filosófico-política de todos y cada uno de nosotros.

Una apuesta estética desde el cuerpo y la crisis

Se trata, en rigor, nada menos que de una apuesta estética donde Alzuru parece jugarse la vida desde su propio cuerpo. "Si no vivo filosóficamente, habré perdido mi vida", nos dice a gritos cada página de este ensayo. No se trata de un mero boceto: esta es la apuesta de Alzuru. Y digo apuesta porque está en juego demostrar si es posible o no hacer filosofía política latinoamericana en este siglo de velocidades extremas y de estado de supervivencia regional. Para Alzuru ha llegado el momento de afirmar enfáticamente, casi dogmáticamente (con el guiño, por supuesto, de la heterodoxia), que la filosofía –no el comentario inteligente, o la "choricera" de citas, o el destello de unas frases certeras– tiene mucho que hacer entre nosotros: en el mercado, en la calle, en la casa y en la plaza, en la Plaza Bolívar de Caracas y en cualquier otra plaza central latinoamericana. Pero nunca en solitario. Es indefectible convocar al imaginario literario y al espesor histórico de la religión para lidiar con suerte la complejidad actual y salir filosóficamente bien parados. Pensar estéticamente es para Alzuru asumir la velocidad, la pluralidad, la fragmentariedad y la paradoja de esta ultramodernidad contemporánea, pero también asumir la rigurosidad y la firmeza del pensamiento, la posibilidad de otorgar sentido y sistematicidad a nuestras propuestas.

No es contradictorio, entonces, que una propuesta estética se asuma en estos tiempos tan grave en su propuesta como liviana en su formulación; tan cotidiana como la vida misma y a la vez trascendental como muchas de las aspiraciones humanas; tan lúdica en su vaivén como rigurosa en su planteamiento; tan sistemática en su aproximación como fragmentaria en sus postulados; en fin, tan firme en su proposición como boceto en su querencia paradigmática. Después de todo, es una apuesta estética que aspira a recuperar el sentido extraviado de la filosofía política: la posibilidad de una filosofía política propositiva, referencial, rigurosa y vinculante, y a la vez poética, literaria y, por qué no, cuerpo-espi-

ritual. Clara, contundente y axiológica. Y, a la vez, creativa, liviana, ambigua (a lo Merleau-Ponty).

Con este boceto-proyecto planteado por Alzuru estamos un paso más allá de una teoría política para estos predios; estamos ante una teoría de la sensibilidad filosófico-política contemporánea, expresada con rigor, conocimiento y pasión; pero también con la liviandad de quien canta cuando escribe, del que se ocupa de sí mismo cuando trae a Sábato y la novela como condición del comprender latinoamericano, cuando asoma a Nietzsche y a Heidegger como condición esencial para la autocomprensión cultural, cuando trae a los autores del patio como Lanz, Esté y Del Búfalo a la hora de pensar sobre nuestras actitudes y nuestras miradas. Todo ello a condición de que su trabajo se transforme en propuesta y empresa filosófico-política latinoamericana.

Como buena hallaca, está indefectiblemente concebida desde Venezuela para Latinoamérica, más en estos tiempos aciagos en los que Venezuela ya dejó de ser aquella franca oportunidad donde, por fin, el pensamiento crítico de izquierda y la indignación filantrópica se juntarían y acabarían con la depauperación, la explotación y el embrutecimiento colectivo causado por el capital. ¡Malas noticias! Pero, parafraseando a Oscar Wilde, la Venezuela de hoy no es tan mala; al menos sirve de mal ejemplo. De una Venezuela bolivariana que repartía esperanzas redentoras y cheques abultados, bien recibida doquiera que iba, ahora, después de la debacle, hace sonar las alarmas, asuta y pone a remojarse las barbas de toda la América Latina por donde paseó su espada. Pero también promueve, como lo hace Jonatan, una impostergable reflexión sobre el desvarío, un necesario detenimiento y hasta un "vuelvan caras" para retomar el hilo conductor exactamente donde lo perdimos: en la elusión sistemática de nuestros faros y de nuestras precedencias.

De allí el empeño de Jonatan, a lo Briçeoño Iragorri, a lo Pocaterra, a lo Picón Salas, a lo Uslar Pietri, de volver sobre Venezuela y desde Venezuela, a formular una excelente propuesta. Es una obra, desde mi perspectiva, crucial, oportuna e importante para el debate de ideas en la Venezuela actual y en América Latina. ☉

* Dr. en Ciencias Sociales. Fue investigador del Centro de Investigaciones Postdoctorales de la UCV.

Protestantismo, individualismo y dinero: la tesis de Alzuru y su debate

"El libro nos muestra el peso de la literatura para constituir una filosofía, o al menos un pensamiento latinoamericano. Sin dudas que es un acierto mostrarlo: la filosofía latinoamericana recién en las últimas décadas ha dejado de estar atada a la europea"

ROBERTO FOLLARI

El *Boceto para una filosofía política latinoamericana* de Jonatan Alzuru propone, en una fuerte síntesis, cantidad de cuestiones para pensar las bases de una nueva política en la Latinoamérica de hoy. Y nos abre a debates múltiples y necesarios.

Es un gran acierto su referencia a la cara de los padres fundadores estadounidenses junto a la consigna "In God We Trust", nada menos que en los billetes de dólar: desde el comienzo de la religión protestante, dinero y dicha religión marcharon juntos, al punto de sostenerse hoy una dudosa "teología de la prosperidad" como fruto de esa tradición. Como destino manifiesto, si obtienes buen dinero es que Dios está contigo.

Hay otra dimensión de los inicios del capitalismo –oteados por Max Weber–, que el libro enfatiza menos: la del in-

dividualismo. La revolución burguesa deshojó al individuo de la comunidad feudal, sostenida en la servidumbre sin libertad. La heterogeneidad posmoderna celebrada en el texto, es hija también de aquella tradición y aquella ruptura histórica. Una heterogeneidad hoy asaltada en dos niveles: 1. La caída de la moral protestante a manos del consumismo, que Emmanuel Todd señala para apuntar a "la derrota de Occidente", y que ya preveía Daniel Bell hace medio siglo; 2. El avance formidable de la economía china, que sin dudas se logra desde un enjambre colectivista que no pasó por la Revolución francesa y por su desperdigamiento hacia la libertad individual.

La sociedad heteroclita que celebran Foucault y Deleuze derivó en aquel gesto posmoderno que finalmente hasta Lyotard rechazó: una sociedad entregada al artificio. De tal manera, asistimos a la trágica caída de un siste-

ma político de raigambre representativo/democrática que pasa por una crisis severa, derivada del arrasamiento de cualquier ética de la convicción por la imposición de la pluralista ética de la responsabilidad: la cual, inevitablemente, ha ido marchando hacia la decrecencia y el descompromiso.

Así llegamos a las paradojas del presente: una nueva derecha (Trump, Milei, Bolsonaro) apenas señalada en el texto pero que no deja de ser trasfondo: de allí hay que salir. Pero no es nada fácil cuando la Europa hija de Grecia y de la gran filosofía pretende seguir la guerra en Ucrania, mientras la extrema derecha de Orban reclama la paz. O cuando, tal lo recuerda Alzuru, en nombre del retorno al origen de Occidente se persiguió criminalmente a los judíos por parte de los nazis; y hoy, casi en espejo invertido, asistimos en Gaza a decenas de miles de muertos árabes, también con un cuidado silencio occidental.

Apunta bien Alzuru al sostener que religión y poder se han llevado bien en la modernidad: también es cierto que se llevaron bien en el Medioevo. El poder político debía conciliar con el papado y se legitimaba en la religión católica. Pero es cierto que con el capitalismo, esa asociación entre religión y poder quedó escondida, así como se escondió la que hay entre acumulación económica y poder político. Todo esto

estaba abiertamente unificado durante el Medioevo.

El libro nos muestra el peso de la literatura para constituir una filosofía, o al menos un pensamiento latinoamericano. Sin dudas que es un acierto mostrarlo: la filosofía latinoamericana recién en las últimas décadas ha dejado de estar atada a la europea. Pero, en cambio, tenemos un amplio espacio: el del ensayo, que no es propiamente literario. El autor lo propone por vía de Simón Rodríguez y de Rojas Guardia, y es una larga tradición que enraza en Andrés Bello, en José Martí, en Echeverría y Sarmiento.

También Alzuru apunta a la educación como espacio de emancipación, en las huellas de Esté y de Paulo Freire. Sin dudas que hay allí un punto central: educación acechada hoy por la falta de financiamiento y por el cuasiagotamiento de la promesa de ascenso social: es imprescindible una puesta de imaginación para renovarla.

También propone lugar al arte el texto, por vía del notable ejemplo de Abreu para socializar y abrir la música a la comunidad. Y, sobre todo, lo hace a una superación de la dicotomía entre Estado y mercado, a través de su equilibrio mutuo: libertad con justicia. Apela nuestro autor al fallecido papa Francisco y a Pepe Mujica: el primero con simpatías peronistas, el segundo con formación de izquierda. Alzuru lo



destaca como estoico, lo que es válido; pero no cualquier estoico es Mujica, que pasó ocho años preso por sus luchas juveniles. Igual, por fuera de esas zonas debatibles la idea es clara: no eliminar el mercado aunque ponerlo en función social, adecuarlo a esa función social que también destacó Scannone. Tarea nada menor en esta época, donde de nuevo desde la religión se hace un Dios del dinero –ver el peso del evangelismo en el Congreso de Brasil–, y donde desde las redes se tejen operaciones de control y de poder que bien se han denunciado en ese texto esclarecedor que es *Los ingenieros del caos*.

Alzuru nos abre a puertas necesarias del debate. Su texto se hace muy fecundo para sostenerlo, y avanza en estos momentos especialmente urgentes. ☉

* Dr. Roberto Follari. Universidad Nacional de Cuyo, Argentina.